



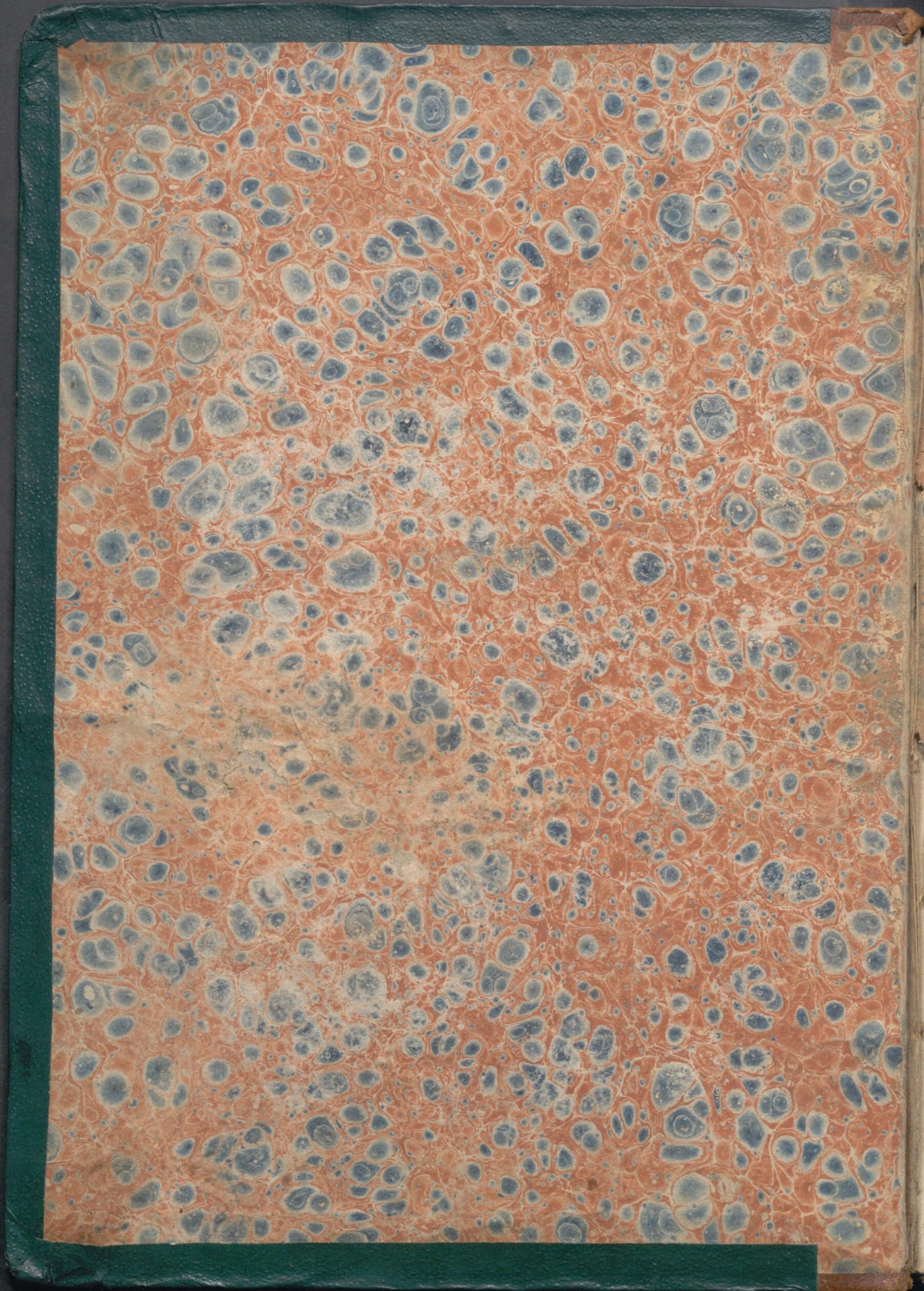
LA LECTURA

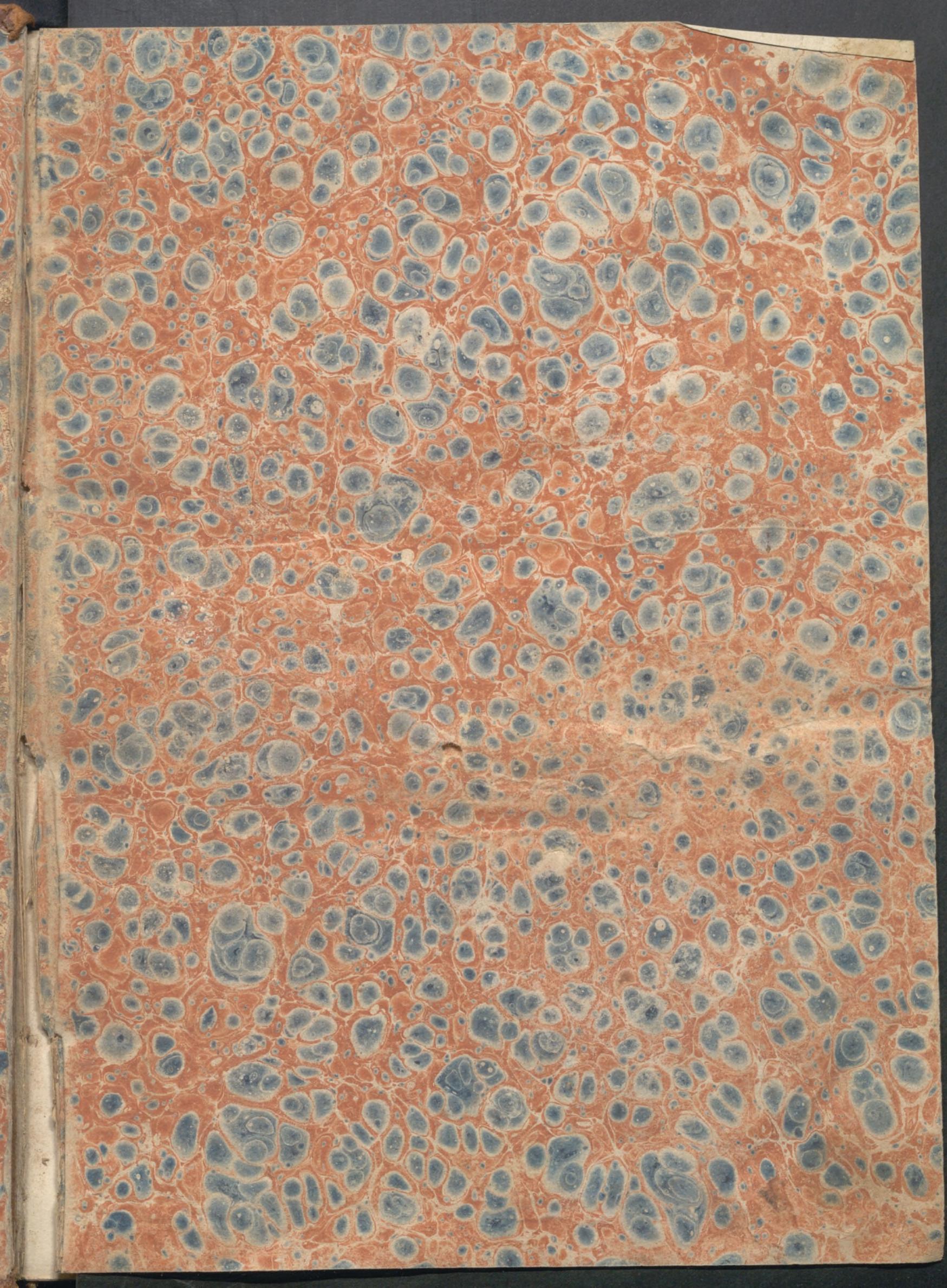
PARA TODO



1

1859





RFA 119



R. 1743

LA

LECTURA PARA TODOS.



LECTURA PARA TODOS.

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TOMO PRIMERO

LA

LECTURA PARA TODOS.

— LA —

LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

— NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC. —

TOMO PRIMERO.



MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

LIBRERO DE CÁMARA DE SS. MM. Y DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

LIBRERIA ESTRANJERA Y NACIONAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

Calle del Príncipe, núm. 11.

1859.

LA C.A.

LECTURA PARA TODOS.

MANUAL DE INSTRUCCIONES.

NOVIAS, VIAGES, LIBRERIA, HISTORIA, ETC.

TOMO PRIMERO.

MADRID

CARLOS DALLY-BAILLIERE

LIBRERIA ESTAMPADA Y NACIONAL CIENTIFICA Y TECNICA

Calle del Príncipe, núm. 11.

1889.

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLYVADO Á DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	24 »
Un año.	38 »



El muchacho..... había vuelto á montar á caballo y comenzado de nuevo su carrera desesperada.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

PRÓLOGO.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

POR D. J. F. SAEZ DE URRACA.

Á Mr. C.-V. Damoreau, mi suegro y mi mejor amigo.

GUSTAVO AIMARD.

Se ha escrito mucho acerca de la América: numerosos autores de un talento incontestable han acometido la difícil empresa de dar á conocer aquellas sábanas (1) inmensas pobladas por tribus feroces é inaccesibles á la civilizaci6n; pero m. pocos son los que han a.ado buen éxito, por carecer de un conocimiento profundo de los países que querian describir y de los pueblos cuyas costumbres pretendian dar á conocer.

Mr. Gustavo Aimard ha sido mas afortunado que sus antecesores: separado durante muchos años del mundo civilizado, ha vivido con una existencia nómada en medio de las praderas, al lado de los Indios, como hijo adoptivo de una de sus naciones poderosas, compartiendo sus peligros y sus combates, acompañándolos á todas partes, con el rifle en una mano y el machete en otra.

Esta existencia, llena siempre de luchas é imposibilidades vencidas, tiene inauditos encantos, que solo pueden comprender los que los han experimentado. El hombre crece en el desierto, solo, frente á frente con Dios, con el ojo y el oído en acecho, el dedo apoyado en el gatillo de su carabina, rodeado de enemigos de todas clases, Indios y fieras que, ocultos entre los árboles, espían el momento oportuno para precipitarse sobre él y hacerle presa; ó siente que es realmente el rey de la creaci6n, á la que domina desde toda la altura de su inteligencia y de su intrepidez.

Esta existencia febril, de peripecias singulares, que nunca son las mismas, es la que ha llevado durante mas de quince años Mr. Aimard. Cazador intrépido ha perseguido á los bisontes con el Siux y los Piés Negros de las praderas del Oeste; perdido en el desierto del Norte, en ese desierto de arenas movedizas que se ha tragado tantas víctimas, ha vagado cerca de un mes siendo presa de los horrores del hambre, de la sed y de las enfermedades. Dos veces fué atado por los Apaches al poste del tormento; esclavo de los Patagones del estrecho de Magallanes durante catorce meses, sufriendo el trato mas cruel, se libró milagrosamente de sus opresores. Atravesó solo las Pampas (2) desde Buenos Aires hasta San Luis de Mendoza, sin temor á las pauteras, ni á los jaguares, á los Indios ni á los Gauchos. Impulsado por un capricho insensato, quiso profundizar los misterios de las selvas vírgenes del Brasil y explorarlas en su mayor estension, á pesar de las hordas feroces que habitaban en ellas.

Siendo alternativamente squatter, cazador, trampero, partidario, gambusino ó minero, recorrió la América desde las cumbres mas elevadas de las cordilleras hasta las orillas del Océano, viviendo al día, feliz con el presente, sin cuidarse de lo porvenir, hijo perdido de la civilizaci6n.

Así, pues, Mr. Aimard no escribe hoy novelas, sino que refiere su propia vida, sus esperanzas frustradas, sus escursiones aventureras. Las costumbres que describe han sido las suyas; á los Indios de quienes habla los ha conocido. En una palabra, ha visto, ha vivido, ha sufrido con los personajes de sus narraciones, y por lo tanto, nadie se hallaba en mejor estado que él para levantar el velo que oculta los hábitos singulares de los Indios de las Pampas y de las hordas

nómadas que surcan en todas direcciones los estensos desiertos de la América.

PROLOGO.

EL MALDITO.

I.

HERMOSILLO.

El viajero que desembarca por vez primera en la América del Sur, experimenta, á pesar suyo, un sentimiento de tristeza indefinible.

En efecto, la historia del nuevo mundo no es mas que un martirologio lamentable, en el que el fanatismo y la codicia marchan de continuo al lado uno de otra.

El afán de buscar oro fué el origen del descubrimiento del nuevo mundo: una vez hallado el oro, la América no fué ya para sus conquistadores mas que una etapa á donde aquellos aventureros iban, con un puñal en una mano y un crucifijo en la otra, á recoger una cosecha abundante de aquel metal codiciado con tanto ardor, despues de lo cual regresaban á su patria á hacer ostentacion de sus riquezas y á promover nuevas emigraciones por el lujo desenfrenado que desplegaban.

A este movimiento continuo es á lo que debe atribuirse la falta absoluta que se observa en América de esos grandes monumentos, que son como una especie de cimientos fundamentales de toda colonia que se establece en un país nuevo para perpetuar en él su raza.

Recórrase hoy aquel continente estenso, que durante tres siglos fué posesion pacífica de los Españoles, y se verá que apenas hay, de largo en largo trecho, alguna ruina sin nombre que recuerde su paso por allí, mientras que los monumentos levantados por los Aztecas y los Incas muchos siglos antes del descubrimiento, se hallan aun de pié con su majestuosa sencillez, como un testimonio imperecedero de su presencia en la comarca y de sus esfuerzos para tender á la civilizaci6n.

¡Ay Dios! ¿qué se han hecho hoy esas conquistadoras gloriosas, envidiadas por la Europa entera, en las que la sangre de los verdugos se confundió con la de las víctimas, en provecho de aquella naci6n tan envanecida entonces con sus valerosos capitanes, con su fértil territorio y con su comercio que abarcaba al mundo entero? Ha seguido el tiempo su curso, y la América meridional espía en los momentos presentes los crímenes que hizo cometer. Desgarrada por facciones que se disputan un poder efímero; apimida por oligarquías ruinosas, desertada por los extranjeros que han medrado con su sustancia, se hunde lentamente bajo el peso de su inercia sin tener fuerza suficiente para levantar el sudario de plomo que la ahoga, para no despertar sino en el día en que una raza nueva, pura de homicidio y que se gobierne con sujeci6n á las leyes de Dios, le lleve el trabajo y la libertad, que son la vida de los pueblos.

En una palabra, la raza hispano-americana se ha perpetuado en las posesiones que le fueron legadas por sus antepasados, sin estender sus límites: su heroísmo se apagó en la tumba del emperador Carlos V, y no ha conservado de la madre patria mas que sus costumbres hospitalarias, su intolerancia religiosa, sus frailes, sus guitarristas y sus mendigos armados con escopetas.

Entre todos los estados que forman la estensa confederaci6n mejicana, el de la Sonora es el único que, por razon de sus luchas con las tribus indias que le rodean y de su continuo roce con ellas, ha conservado una fisonomía especial.

Las costumbres de sus habitantes tienen cierto sabor salvaje, que los distingue desde luego de los de las provincias interiores.

El río Gila puede ser considerado como el límite setentrional de aquel estado; del Este al Oeste se halla estrechado entre la Sierra Madre y el golfo de California.

La Sierra Madre se divide detrás de Durango en dos ramales: el principal continúa por la di-

recci6n grande, corriendo del Norte al Sur; el otro vuelve hácia el Oeste, costeano por detrás de los estados de Durango y de Guadalupe, todas las regiones que van á concluir hácia el Pacífico. Este ramal de las Cordilleras forma los límites meridionales de la Sonora.

No parece sino que la naturaleza se ha complacido en prodigar sus beneficios á manos llenas á aquel país. El clima es agradable, templado, saludable; allí abundan el oro, la plata, la tierra mas fecunda, las frutas mas deliciosas y las yerbas medicinales; se encuentran los bálsamos mas eficaces, los insectos mas útiles para el tinte, los mármoles mas raros, las piedras mas preciosas, la caza y pesca de todas clases. Pero tambien en las soledades estensas del río Gila y de la Sierra Madre, los indios independientes Comanches, Pawnees, Pimas, Opatás y Apaches, han declarado cruda guerra á la raza blanca, y en sus incursiones implacables é incansables le hacen pagar muy cara la posesi6n de todas aquellas riquezas de que les despojaron sus antepasados, y cuya posesi6n reivindican incansablemente los salvajes.

Las tres ciudades principales de la Sonora son: Guaymas, Hermosillo y Arispe.

Hermosillo, que era antiguamente el Pitic, y á la que ha dado celebridad la expedici6n del conde de Raousset Boulbon, es el depósito del comercio mejicano en el Pacífico, y cuenta mas de 9,000 habitantes.

Esta ciudad, edificada sobre una meseta que se inclina en direcci6n al Noroeste, con una pendiente suave que llega hasta el mar, se apoya y se cobija, por decirlo así, como si tuviese frio, en una colina denominada el Cerro de la Campana, cuya cúspide se halla coronada por trozos enormes de piedra que, cuando los golpean, producen un sonido claro y metálico.

Por lo demás, esta ciudad, lo mismo que sus demás hermanas americanas, es súa; sus casas están edificadas con paredes de tierra, y presenta á las sorprendidas miradas del viajero una mezcla de ruinas, de incuria y de desolaci6n, que entristece el alma.

El día en que comienza esta narraci6n, es decir, el 17 de enero de 1817, entre las tres y las cuatro de la tarde, momento en que por lo general acostumbra la poblaci6n á dormir la siesta, retirada en el fondo de sus moradas, la ciudad de Hermosillo, tan tranquila y pacífica por lo general, ofrecía un aspecto singular.

Una multitud de leperos, de gambusinos, de contrabandistas, y sobre todo de rateros, se estrechaba lanzando gritos, amenazas y aullidos ineficaces en la calle del Rosario. Algunos soldados españoles,—pues en aquella época aun no habia sacudido Méjico el yugo de la metrópoli,—procuraban inútilmente restablecer el orden y dispersar á la multitud, repartiendo á diestro y siniestro sendos golpes con las astas de sus lanzas á los individuos que estaban mas cerca de ellos.

Pero el tumulto, léjos de disminuir, continuaba creciendo, y los indios Hiaquis, sobre todo, mezclados con la multitud, gritaban y gesticulaban de un modo verdaderamente aterrador.

Las ventanas de todas las casas se hallaban llenas de cabezas de hombres y mujeres que, con la vista fija en la parte del Cerro de la Campana, de cuya falda se alzaban espesas nubes de humo que se dirigian en espiral hácia el cielo, parecían estar aguardando un acontecimiento extraordinario.

De repente se oyeron fuertes gritos; la multitud se abrió por la mitad como una granada barto madura; todos se echaron á un lado con muestras de gran terror, y un joven, un muchacho mas bien, puesto que apenas contaba diez y seis años de edad, apareció como arrebatado en un torbellino por el galope furioso de un caballo medio salvaje.

—¡Detenedle! gritaban unos.

—¡Echadle el lazo! vociferaban otros.

—¡Válgame Dios! murmuraban las mujeres santiguándose, es el mismo demonio.

Pero todos, en vez de pensar en detenerle, huían su encuentro lo mas pronto posible; el

(1) Sábana llaman en América, á las estensas praderas ó pedazos de tierra donde se cria yerba muy espesa, ya sea natural ó cultivada.

(2) Se llaman pampas las estensas llanuras de la América meridional.

(N. del T.)

(N. del T.)

atrevido mozo continuaba su rápida carrera con una sonrisa burlona en los labios, encendido el rostro, la mirada brillante, y distribuyendo á derecha é izquierda rudos golpes de *chicote* á aquellos que se aventuraban á permanecer harto cerca de él, ó á quienes su mala suerte impedía que se alejasen tan pronto como lo hubieran deseado.

—¡Eh! eh! cáspita! dijo un vaquero de semblante estúpido y de miembros atléticos, cuando el muchacho le rozó al pasar; lleve el diablo á ese loco que ha estado á punto de derríbarme! Pero, ¡calle! añadió despues de haber fijado una mirada en el jóven, no me engaño, no, es Rafael, el hijo de mi compadre! aguarda un poco, picaro!

Mientras hablaba así entre dientes, el vaquero desarrolló el lazo que llevaba atado á la cintura y echó á correr en direccion al ginete.

La multitud, que adivinó su intento, comenzó á aplaudir con entusiasmo.

—¡Bravo! bravo! gritó.

—¡No le yerres, *Cornejo!* dijeron los vaqueros dando palmadas.

Cornejo, puesto que ya sabemos el nombre de este interesante personaje, se acercaba insensiblemente al muchacho, quien veía multiplicarse cada vez mas los obstáculos delante de si.

El ginete, advertido por los gritos de los circunstantes del peligro que le amenazaba, volvió la cabeza.

Entonces vió al vaquero.

Una palidez lívida cubrió su rostro, y comprendió que estaba perdido.

—Dejadme que huya, *Cornejo!* le gritó con voz lastimera.

—¡No! no! gritó la multitud aullando; ¡échale el lazo!

El populacho gustaba de aquella caza de un hombre, y temia que se le frustrase el espectáculo que tanto le interesaba.

—¡Ríndete! contestó el gigante, ó si no te advierto que te cazo con el lazo como á *Cibolo!*

—¡No me rindo! contestó el muchacho con acento resuelto.

Ambos interlocutores continuaban corriendo, uno á pié y otro á caballo.

La multitud los seguía lanzando aullidos de placer.

Las masas son así en todas partes, bárbaras y desapiadadas.

—¡Déjame, te digo, repuso el niño, ó te juro por las benditas ánimas del purgatorio que te sucederá alguna desgracia!

El vaquero se sonrió irónicamente é hizo girar su lazo por encima de su cabeza.

—Ten cuidado, Rafael, dijo, por última vez, ¿quieres rendirte?

—¡No! mil veces no! gritó el muchacho lleno de rabia.

—Entonces, á la gracia de Dios, repuso el vaquero.

El lazo silbó y fué arrojado con fuerza.

Pero entonces pasó una cosa singular.

Rafael detuvo de repente su caballo como si se hubiese convertido en una roca, y tirándose al suelo, saltó como un jaguar sobre el gigante, á quien el choque derribó al suelo, y antes de que nadie pudiese oponerse á ello, le sepultó en la garganta el cuchillo que los mejicanos llevan siempre en la cintura.

Un gran chorro de sangre saltó al rostro del muchacho; el vaquero se retorció du ante algunos segundos y luego quedó inmóvil.

Estaba muerto!

La multitud lanzó un grito de horror y espanto.

El muchacho, rápido como el pensamiento, habia vuelto á montar á caballo y comenzado de nuevo su carrera desesperada, blandiendo su cuchillo y lanzando carcajadas infernales.

Cuando, despues de haber pasado el primer momento de estupor, quisieron perseguir al asesino, este habia desaparecido.

Nadie pudo decir hácia qué parte se habia dirigido.

Como sucede siempre en tales ocasiones, el juez de letras ó juez criminal, escoltado por una nube de alguaciles andrajosos, llegó al sitio del asesinato cuando era ya demasiado tarde.

El juez de letras, D. Inigo Tormentos Albaceyte, era un hombre de unos cincuenta años, pequeño y rechoncho, de semblante apoplético, que tomaba tabaco de España de una caja de oro adornada con diamantes, y bajo el aspecto de una bondad fingida, ocultaba una avaricia profunda, una astucia estremada y una sangre fria á toda prueba, que nada alcanzaba á conmover.

Contra lo que se hubiera podido suponer, al digno magistrado pareció que no le desconcertaba lo mas mínimo la fuga del asesino; movió la cabeza dos ó tres veces; dirigió una mirada circular á la multitud; guiñó sus ojillos grises, y llenándose filosóficamente las narices de tabaco, dijo:

—¡Pobre *Cornejo!* esto habia de sucederle algun dia.

—Si, dijo un lepero, le ha muerto con limpienza.

—Eso mismo estaba yo pensando, repuso el juez: el que ha dado este golpe es hombre que lo entiendo, es un mozo muy acostumbrado á hacerlo.

—¡Sí! sí! contestó el lepero, encogiéndose de hombros; es un niño.

—¡Quiá! dijo el juez con fingida sorpresa y lanzando una mirada de reojo á su interlocutor, ¡un niño!

—Casi, casi, repuso el lepero, envanecido al ver que así le escuchaban, es Rafael, el hijo mayor de D. Ramon.

—Calle, calle.... dijo el juez con secreta satisfaccion. Pero no, repuso, ¡es imposible! Rafael, lo mas que tiene son diez y seis años, y no habria ido á trabar disputa con *Cornejo!*, quien solo con apretarle el brazo hubiera podido dominarle.

—Sin embargo, así es; créalo V. E., todos lo hemos visto. Rafael habia jugado al monte en casa de D. Aguilar; parece que la suerte no le favoreció, perdió cuanto dinero llevaba; entonces se apoderó de él la rabia, y, para vengarse, prendió fuego á la casa.

—¡Cáspita! exclamó el juez.

—Es como lo digo. Mire V. E., aun se vé el humo, aunque la casa está ya reducida á cenizas.

—En efecto, dijo el juez dirigiendo una mirada hácia el punto que le señalaba el lepero, ¿y despues?

—Despues, continuó diciendo el otro, como es natural, quiso fugarse; *Cornejo!* intentó detenerle....

—¡Tenia razon!

—Hacia mal, ¡puesto que Rafael le ha dado muerte!

—Es verdad, dijo el juez; pero descuidad, amigos míos, la justicia le vengará.

Estas palabras fueron acogidas por los circunstantes con una sonrisa de duda.

El magistrado, sin cuidarse de la impresion producida por sus palabras, mandó á sus acólitos, que habian registrado y despojado al difunto, que llevasen este bajo el pórtico de la vecina iglesia, y en seguida regresó á su casa restregándose las manos con aire satisfecho.

El juez se vistió un traje de viaje, colocó un par de pistolas en su cinturón, se ciñó una larga espada, y, despues de haber comido con presteza, salió.

Diez alguaciles armados de piés á cabeza y montados en poderosos caballos, le aguardaban en la puerta; un criado sujetaba de las riendas un magnifico caballo negro que piafaba y tascaba el freno lleno de impaciencia. D. Inigo cabalgó; se puso á la cabeza de su gente, y la tropa arrancó al trote.

—¡Vamos! decian los curiosos que se hallaban en las puertas inmediatas, el juez Albaceyte va á casa de D. Ramon Garillas; mañana tendremos algo nuevo.

—¡Cáspita! contestaban otros, el picaro de su hijo no habrá robado la cuerda con que le ahorquen.

—¡Qué diablo! dijo un lepero con cierta espresion pesadosa, ¡seria lástima, porque, á fé mia, que el mozo promete! Su cuchillada á *Cornejo!*

es magnifica. El pobre diablo ha sido *despachado* con mucha limpieza.

Entre tanto el juez continuaba su camino, correspondiendo con suma exactitud á los saludos con que le abrumaban al pasar, y muy luego se halló en el campo.

Entonces, embozándose en su capa, preguntó: —¿Están cargadas las armas?

—Si señor, contestó el jefe de los alguaciles.

—Bueno. Vamos á la hacienda de D. Ramon Garillas, y llevemos buen paso para ver si llegamos antes de que sea de noche.

La cabalgata arrancó á galope.

II.

LA HACIENDA DEL MILAGRO.

Las inmediaciones de *Hermosillo* son verdaderos desiertos.

El camino que conduce desde aquella ciudad á la hacienda del Milagro es de los mas tristes y áridos.

Solo se ven de trecho en trecho algunos árboles de madera de hierro, de goma, del Perú con racimos encarnados, nópales y cactus, únicos árboles y arbustos que pueden crecer en un terreno calcinado por los rayos candentes de un sol perpendicular.

A largas distancias aparecen, cual amarga irrisión, las largas perchas de los pozos, que tienen en un extremo un cubo de cuero torcido y encogido, y en el otro abultadas y pesadas piedras sujetas con correas; pero los pozos están secos, y en el fondo solo se vé una corteza negra y viscosa en la que juguetean innumerables animales inmundos; torbellinos de un polvo fino é impalpable, levantados por el mas leve soplo de aire, se introducen en la garganta del viajero anheloso y jadeante, y bajo cada yerbecilla seca las chicharras llaman con furor al benéfico rocío de la noche.

Sin embargo, cuando despues de mil molestias y trabajos inmensos se han andado seis leguas por aquellas soledades abrasadas, la vista se fija con delicia en un oasis espléndido que parece surgir repentinamente del seno de los arenales.

Aquel Eden es la hacienda del Milagro.

En los momentos en que ocurrían los acontecimientos de nuestra narracion, aquella hacienda, que era una de las mas ricas y estensas de la provincia, se componia de un edificio de dos pisos, construido con tapias de adobes, con una azotea en vez de tejado, formada con cañas cubiertas con tierra apisonada.

Se llegaba á la hacienda por un patio inmenso cuya entrada, en forma de pórtico abovedado, se hallaba provista de sólidas puertas de dos hojas con un postigo á un lado. Cuatro habitaciones daban á la fachada; las ventanas tenian rejas de hierro doradas, y en el interior bastidores con vidrios, lujo inaudito en aquel pais y en aquella época: en cada lado del patio estaban las habitaciones comunes para los peones, los niños, etc.

El piso bajo del edificio principal se componia de tres piezas, á saber: una especie de zaguan grandé amueblado con sillones antiguos y camapés forrados de cordobán labrado, una mesa de nogal y algunos escaños; de las paredes colgaban cuadros dorados que contenian retratos de familia de cuerpo entero y tamaño natural; las vigas del techo, que se habian dejado desnudas, estaban adornadas con numerosas esculturas.

Una puerta de dos hojas daba á la sala grande; el testero que daba frente al patio se alzaba como un pié sobre el resto del piso, y estaba cubierto con una alfombra, en la que descansaba una fila de taburetes bajos, curiosamente esculpidos, forrados de terciopelo carmesí, con almohadones para poner los piés; habia allí tambien una mesa cuadrada de diez y ocho pulgadas de altura, que servia de mesa de labor. Esta parte de la sala estaba reservada para las señoras, quienes se sentaban en ella con las piernas cruzadas á la morisca; en el opuesto lado de la sala habia sillas forradas de la misma tela que los taburetes y los almohadones; enfrente de la puerta estaba el dormitorio principal con una alcoba en

el extremo de un estrado, sobre el cual había una cama de respeto, adornada con una infinidad de molduras doradas y colgaduras de brocado con galones y franjas de oro y plata. Las sábanas y las fundas de las almohadas eran de finísimo lienzo guarnecidas con ancho encaje.

Detrás del edificio principal había un segundo patio, en donde estaban las cocinas y el corral; detrás de este patio estaba un jardín inmenso, cercado con paredes y con una empalizada, trazado á la inglesa, y que contenía los árboles y plantas mas exóticas.

En la hacienda había fiesta.

Era la época de la matanza del ganado: los peones habían formado á pocos pasos de la hacienda un cercado, en el cual, despues de hacer entrar las reses, separaban las flacas de las gordas, y hacían salir á estas, una por una, del recinto.

Un vaquero armado con un instrumento cortante de la forma de una media luna guarnecida de puntas colocadas á la distancia de un pié, y emboscado en la puerta del cercado, cortaba con infinita destreza los tendones de las patas traseras de las pobres reses á medida que iban pasando por delante de él.

Si por casualidad erraba el golpe, lo cual acontecía rara vez, otro vaquero á caballo seguía al animal á galope tendido, le echaba el lazo á las astas y le sujetaba hasta tanto que el primer vaquero le hubiese desjarretado.

Ayudado descuidadamente en el pórtico de la hacienda, un hombre de unos cuarenta años, vestido con un rico traje de labrador acomodado y noble, los hombros cubiertos con un *zarapé* de brillantes colores y la cabeza guarnecida de los últimos rayos del sol poniente por un sombrero fino de paja de Panamá, de un valor, por lo menos, de 500 pesos fuertes, parecía presidir á aquella escena fumando una pajilla.

Era un caballero de aspecto altivo, de talle esbelto, fino y de muy buenas proporciones; las facciones de su rostro, de suma regularidad, de líneas enérgicas y muy acentuadas, denotaban lealtad, valor, y sobre todo una voluntad de hierro. Sus grandes ojos negros, sombreados por cejas muy pobladas, tenían sin igual dulzura; pero cuando una espresion de contrariedad algo viva coloreaba su morena tez con un reflejo rojizo, su mirada adquiría una fijeza y una fuerza que nadie podía soportar, y que hacían vacilar y temblar á los mas valientes.

Lo fino de sus miembros, y mas que todo, el sello de aristocracia impreso en su persona, denotaban al primer golpe de vista que aquel hombre era de raza castellana noble y pura.

En efecto, aquel personaje era D. Ramon Garillas de Saavedra, propietario de la hacienda del Milagro, que acabamos de describir.

D. Ramon Garillas descendía de una familia española cuyo jefe fué uno de los primeros oficiales de Hernan Cortés, y se había establecido en Méjico despues de la conquista milagrosa de aquel aventurero audaz y dotado de tanto talento.

Disfrutando una fortuna colosal, inmensa; pero rechazado por las autoridades españolas con motivo de su casamiento con una mujer de raza azteca, se consagró por entero al cultivo de sus tierras y á mejorar sus estensas posesiones.

Al cabo de diez y siete años de matrimonio se encontraba de jefe de una familia numerosa, compuesta de nueve hijos, tres hembras y seis varones, de los cuales el mayor era Rafael, á quien hemos visto dar muerte con tanta rapidez al vaquero.

El casamiento de D. Ramon con D.^a Jesusita había sido una boda de conveniencia, llevado á efecto únicamente bajo el punto de vista de los intereses; pero que, sin embargo, los hacía ser felices comparativamente, y empleamos esta última palabra, porque, como la jóven solo había salido del convento para casarse, nunca existió entre ellos el amor, pero le substituyó un afecto tierno y sincero.

Doña Jesusita pasaba su vida consagrada á los cuidados que exigían sus hijos, en medio de sus sirvientas indias; su marido, por su parte, com-

pletamente dedicado á los deberes de su existencia de labrador acomodado y noble, estaba casi siempre con sus vaqueros, sus peones y sus cazadores, sin ver á su mujer mas que algunos minutos en las horas de las comidas, y permaneciendo ausente algunas veces durante meses enteros para dirigir alguna cacería en las orillas del rio Gila.

Sin embargo, debemos añadir que D. Ramon, ya se hallase presente ó ausente, cuidaba con solicitud esmero de que nada faltase al bienestar de su mujer y de que fuesen satisfechos sus caprichos mas leves, sin reparar en dinero ni en molestias de cualquier género para procurar á Doña Jesusita cuanto aparentase desear.

Doña Jesusita se hallaba dotada de una belleza encantadora y de una dulzura angelical; parecía haber aceptado, ya que no con alegría, al menos sin harto pesar, el género de vida á que su marido la había obligado á amoldarse; pero en la mirada profunda y lánguida de sus grandes ojos negros, en la palidez de sus facciones, y sobre todo en la nube de tristeza que de continuo oscurecía su frente hermosa de una blancaura mate, era fácil adivinar que en aquel cuerpo seductor se hallaba encerrada un alma ardiente; y que aquel corazón que no se conocía á sí mismo había concentrado todos sus pensamientos en sus hijos, á quienes se dedicaba á adorar con todas las fuerzas virginales del amor maternal, que es el mas hermoso y mas santo de todos.

En cuanto á D. Ramon, siempre bueno y previsor para con su mujer, cuyo corazón nunca se había tomado el trabajo de estudiar, tenía derecho para juzgarla la criatura mas feliz del mundo, y en efecto, lo era desde que Dios la había hecho madre.

Hacia algunos instantes que se había puesto el sol, el cielo perdía gradualmente su color de púrpura, y se oscurecía cada vez mas; algunas estrellas comenzaban á brillar en la bóveda celeste, y el viento de la tarde soplabá con una fuerza que presagiaba para la noche una de esas tempestades terribles que con tanta frecuencia se ven estallar en aquellas regiones.

El mayoral, despues de haber hecho encerrar con el mayor esmero al resto del ganado en el cercado, reunió á los vaqueros y á los peones, y todos se dirigieron hácia la hacienda, en donde de la campana de la cena los avisaba que, por fin, había llegado la hora del descanso.

Cuando el mayoral pasó el último por delante de su amo, saludándole, este le preguntó:

—Vamos, Eusebio, ¿cuántas cabezas tenemos este año?

—Cuatrocientas cincuenta, mi amo, contestó el mayoral, hombre alto, seco y delgado, con la cabeza canosa y el rostro curtido como un pedazo de cuero, deteniendo su caballo y quitándose el sombrero; es decir, setenta y cinco cabezas mas que el año pasado; nuestros vecinos los jaguares y los *Apaches* no nos han causado grandes daños en la presente estación.

—Gracias á V., Eusebio, contestó D. Ramon; su vigilancia ha sido extremada y sabré recompensarla.

—Mi mejor recompensa consiste en las buenas palabras que V. S. acaba de dirigirme, contestó el mayoral, cuyo rudo semblante se iluminó con una sonrisa de satisfacción: ¿no debo yo cuidar de lo que le pertenece con el mismo cuidado que si todo fuese mio?

—Gracias, repuso el caballero conmovido, estrechando la mano de su servidor, sé que me es V. muy adicto.

—Hasta la muerte, mi amo; mi madre le alimentó con su leche, y yo pertenezco á V. S. y á su familia.

—¡Vamos! vamos! Eusebio, dijo alegremente el *hacendero*, la cena está dispuesta y la señora debe hallarse en la mesa; no la hagamos esperar mas.

Al decir esto, ambos entraron en el patio, y Eusebio, segun le había llamado D. Ramon, se dispuso para cerrar las puertas como lo hacía todas las noches.

Entre tanto D. Ramon entró en el comedor de

la hacienda en donde se hallaban reunidos todos los peones y los vaqueros.

En el comedor había una mesa inmensa que ocupaba todo el centro; alrededor de ella se veían bancos forrados de cuero y dos sillones tallados destinados á D. Ramon y á la señora; detrás de los sillones estaba colgado de la pared un crucifijo de marfil de cuatro piés de altura, teniendo á ambos lados dos cuadros que representaban, uno á Jesus en el olivar, y el otro el Sermon en la montaña. En diferentes sitios de las paredes, blanqueadas con cal, se veían cabezas de jaguares, de búfalos ó de alces, muertos en las cacerías por el *hacendero*.

La mesa estaba servida con abundancia; había *lahua*, potaje espeso hecho con harina de maíz cocida con carne, *puchero* ó *olla podrida* y *pepian*; de trecho en trecho se veían botellas de *mezcal* y de agua.

A una señal del *hacendero* comenzó la cena. Muy luego estalló con furia la tempestad que estaba amenazando.

La lluvia caía á torrentes; á cada instante brillaban relámpagos lividos que oscurecían las luces, precediendo á los estallidos formidables del trueno.

Hácia el fin de la cena, el huracán adquirió tal violencia que el tumulto de los elementos conjurados cubrió el ruido de las conversaciones.

Los truenos estallaron con una fuerza espantosa; un torbellino de viento penetró en la habitación arrancando una ventana, todas las luces se apagaron, y los circunstantes se santiguaron con terror.

En aquel momento, la campana colocada en la puerta de la hacienda, sonó con un ruido convulsivo, y una voz, que nada tenía de humana, gritó por dos veces:

—¡A mí!... á mí!...

—¡Jesucristo! exclamó D. Ramon precipitándose fuera de la sala, á alguien están degollando en la llanura.

Sonaron dos tiros casi al mismo tiempo; un grito de agonía cruzó el espacio, y todo volvió á quedar en un silencio siniestro.

De pronto un relámpago pálido surcó la oscuridad, sonó el trueno con horrible estrépito y D. Ramon apareció en la puerta de la sala, llevando en sus brazos á un hombre desmayado.

El forastero fué colocado en una silla, y se apresuraron á rodearle y á prodigarle los cuidados necesarios.

Ni el rostro de aquel hombre, ni su traje, ofrecían cosa alguna extraordinaria; sin embargo, al verle Rafael, el hijo mayor de D. Ramon, no pudo contener un gesto de espanto, y su semblante se cubrió de livida palidez.

—¡Oh! murmuró en voz baja, el juez de letras!....

En efecto, era el digno juez á quien vimos salir de Hermosillo con tan brillante aparato.

Sus largos cabellos empapados en lluvia le caían sobre el pecho, su traje estaba en desórden, manchado de sangre y desgarrado en diferentes sitios.

Su mano derecha oprimía convulsivamente la culata de una pistola descargada.

Tambien D. Ramon había conocido al juez de letras, y casi á pesar suyo había lanzado á su hijo una mirada que este no pudo sostener.

Merced á los cuidados inteligentes que le fueron prodigados por Doña Jesusita y sus doncellas, el juez tardó muy poco en volver en sí; lanzó un suspiro profundo, abrió desmesuradamente los ojos, fijándolos alternativamente en cada uno de los circunstantes sin ver aun cosa alguna, y gradualmente recobró el sentido.

De pronto, vivo carmin coloreó su frente, tan pálida un momento antes, y chispearon sus ojos, dirigiendo á Rafael una mirada que le dejó clavado en su sitio, presa de invencible terror, se levantó penosamente, se adelantó hácia el jóven, que le veía llegar sin atreverse á huir su encuentro, le puso cuidadosamente la mano en el hombro, y luego, volviéndose hácia los peones aterrados por aquella escena singular que no acertaban á comprender, dijo con voz solemne:

—Yo, Don Inigo Tormentos de Albacete, juez de letras de la ciudad de Hermosillo, jén nombre del rey prendo á este hombre, convicto de asesinato!....

—¡Perdon! exclamó Rafael cayendo de rodillas y juntando las manos lleno de desesperacion.

—¡Desgraciado!.... murmuró la pobre madre cayendo desmayada.

III.

EL JUICIO.

Al dia siguiente se levantó espléndido el sol en el horizonte.

La tempestad de la pasada noche habia despejado completamente el cielo, que estaba de un azul purísimo y hermoso; los pájaros gorjeaban alegremente, ocultos en la enramada, y todo en la naturaleza habia recobrado su habitual aspecto agradable y placentero.

La campana sonó alegremente en la hacienda del Milagro, los peones comenzaron á dispersarse en todas direcciones, unos llevando los caballos al pasto, otros conduciendo las reses á las praderas artificiales, otros dirigiéndose á los campos, y algunos, en fin, se quedaron en el patio, ocupados en ordeñar las vacas y en reparar los daños causados por el huracan.

Las únicas huellas que habian quedado de la tormenta de la noche anterior eran dos jaguares magníficos, muertos, que estaban tendidos en la puerta de la hacienda, cerca de un caballo medio devorado.

Eusebio, que se paseaba por el patio vigilando cuidadosamente las ocupaciones de cada uno, hizo quitar y limpiar los ricos arrees del caballo, y mandó desollar á los dos jaguares.

Todo ello fué ejecutado en breves instantes.

Sin embargo, Eusebio estaba inquieto; D. Ramon, que era quien por lo general se levantaba antes que nadie en la hacienda, aun no habia parecido.

En la noche anterior, á consecuencia de la acusacion terrible lanzada por el juez de letras contra el hijo mayor del hacendero, este mandó á sus criados y peones que se retirasen, y despues de haber atado sólidamente á su hijo por su propia mano, no obstante las lágrimas y ruegos de su mujer, condujo á D. Inigo de Albacete á una habitacion retirada de la granja, en donde ambos permanecieron encerrados hasta una hora muy avanzada de la noche.

¿Qué habia pasado en aquella conversacion, en la cual debió decidirse la suerte de Rafael? Nadie lo sabia, ni siquiera Eusebio.

Don Ramon, poco despues de haber conducido á D. Inigo á una habitacion que le habia mandado preparar, y de haberle dado las buenas noches, fué á reunirse con su hijo, junto al que aun estaba llorando la pobre madre. Sin pronunciar una palabra, cogió el hacendero en sus brazos al muchacho, y se le llevó á su cuarto, en donde le tendió en el suelo, junto á su cama; cerró la puerta con llave y se acostó, con dos pistolas á la cabecera; y así transcurrió la noche, el padre y el hijo lanzándose en la oscuridad miradas parecidas á las de las fieras, y la pobre madre, arrodillada en el dintel de aquella puerta cuya entrada le estaba prohibida, llorando silenciosamente por su hijo primogénito, pues tenia el presentimiento terrible de que iba á serle arrebatado para siempre.

—¡Malo! murmuraba para sí el mayoral, mientras maseaba, sin saber lo que hacia, la punta de su cigarro apagado: ¿en qué vendrá á parar todo esto? D. Ramon no es hombre capaz de perdonar, no transigirá con su honra. ¿Abandonará á su hijo á la justicia? ¡oh, no! pero entonces, ¿qué hará?

En esto se hallaba el buen mayoral de sus reflexiones, cuando D. Inigo de Albacete y D. Ramon aparecieron en el patio.

El semblante de aquellos dos hombres tenia una espresion severa; el del hacendero, sobre todo, estaba tan sombrío como la oscura noche.

—Eusebio, dijo D. Ramon con breve acento, mande V. que ensillen un caballo y que se pre-

pare una escolta de cuatro hombres para acompañar á este caballero á Hermosillo.

El mayoral se inclinó respetuosamente, y dió al instante las órdenes necesarias.

—Doy á V. mil gracias, prosiguió D. Ramon dirigiéndose al juez, pues salva V. el honor de mi familia.

—No me lo agradezca V. tanto, caballero, contestó D. Inigo, pues le juro que cuando sali ayer tarde de la ciudad no tenia la mas mínima intencion de complacerle.

El hacendero hizo un gesto.

—Póngase V. en mi lugar; ante todo soy juez criminal: matan á un hombre, á un tuno, lo confieso; pero al fin era un hombre, aunque fuese de la peor especie: el asesino es persona conocida, atraviesa á galope la ciudad, en mitad del dia, á la vista de todos, con un descaro increíble, ¿qué habia yo de hacer? Mi deber era perseguirle, y no vacilé en cumplirlo.

—¡Es verdad! murmuró D. Roman bajando la cabeza.

—Y por poco me pesa; los picaros que me acompañaban me abandonaron como unos cobardes en lo mas fuerte de la tormenta para ocultarse no sé donde; para colmo de desgracia, dos jaguares, magníficos animales por cierto, se lanzaron á perseguirme: me estrechaban tan de cerca, que vine á caer como una masa en la puerta de la hacienda; maté á uno de los jaguares, es cierto; pero el otro estaba ya próximo á devorarme, cuando salió V. á auxiliarme. Despues de eso, ¿podia yo prender al hijo del hombre que me habia salvado con peligro de su propia existencia? Hubiera sido obrar con la mas negra ingratitud.

—Doy á V. las gracias de nuevo.

—Nada de eso: estamos en paz, y nada mas. No hablo de unos cuantos miles de duros que me ha dado V., puesto que han de servir para tatar la boca á mis alanos; pero, créame, D. Ramon, vigile V. á su hijo, porque si llega á caer otra vez en mis manos, no sé cómo podré salvarle.

—Descuide V., D. Inigo, que mi hijo no volverá á caer en sus manos.

El hacendero pronunció estas palabras con una voz tan sombría, que el juez se volvió estremeciéndose.

—¡Tenga V. cuidado con lo que vá á hacer! dijo.

—¡Oh! nada tema V., contestó D. Ramon; solo que, como no quiero que mi hijo suba á un patibulo y arrastre mi nombre por el lodo, yo sabré poner remedio.

En aquel momento sacaron el caballo de la cuadra.

El juez de letras montó en él.

—Vaya, adios, D. Ramon, dijo con voz indulgente; sea V. prudente, que ese jóven aun puede corregirse; tiene una sangre muy viva, y nada mas.

—Adios, D. Inigo de Albacete, contestó el hacendero con un tono tan seco, que no admitia réplica.

El juez movió la cabeza á uno y otro lado, y picando espuela, se marchó al trote largo, seguido de su escolta, despues de haber hecho una seña postrera de despedida al rico labrador.

Este le siguió con la vista mientras fué posible; en seguida volvió á entrar presuroso en la casa.

—Eusebio, dijo al mayoral, toque V. la campana para reunir á los peones y á todos los demás habitantes de la hacienda.

El mayoral, despues de haber mirado con sorpresa á su amo, se apresuró á ejecutar la órden que habia recibido.

—¿Qué significará todo esto? dijo.

Todos los dependientes de la granja, al oír el tañido de la campana, se apresuraron á acudir, sin saber á qué atribuir aquella convocacion extraordinaria.

Muy luego se hallaron reunidos en la sala grande que servia de comedor. Reinaba entre ellos el silencio mas profundo. Una angustia secreta oprimia todos los corazones. Tenian el presentimiento de un suceso terrible.

Despues que hubieron aguardado algunos minutos, entró Doña Jesusita rodeada de sus hijos, excepto Rafael, y fué á colocarse en un estrado dispuesto en un extremo de la sala.

Su semblante estaba pálido, y sus ojos enrojecidos mostraban que habia llorado.

Entonces apareció D. Ramon.

Habiase vestido un traje completo de terciopelo negro, sin bordado alguno; una abultada cadena de oro le caía sobre el pecho; un sombrero negro, de fieltro, de alas anchas, adornado con una pluma de águila, cubria su cabeza; de su costado izquierdo colgaba una espada larga, de empuñadura de hierro bruñido.

Su frente estaba llena de arrugas, sus cejas estaban fruncidas sobre sus negros ojos que parecían que lanzaban rayos.

Un estremecimiento de terror circuló entre los circunstantes. D. Ramon Garillas se habia puesto en traje de justicia.

Segun eso ¿se iba á juzgar y sentenciar á alguien?

Peró á ¿quién?

Cuando D. Ramon se hubo colocado á la derecha de su mujer, hizo una seña.

El mayoral salió y volvió á entrar un momento despues seguido de Rafael.

El jóven iba con la cabeza descubierta y las manos atadas á la espalda.

Con los ojos bajos y el semblante pálido, se colocó delante de su padre, á quien saludó respetuosamente.

En la época en que ocurrían los sucesos de nuestra narracion, y sobre todo en las comarcas lejanas de los centros y espuestas de continuo á las escursiones de los indios, los jefes de familia habian conservado en toda su pureza esa autoridad patriarcal que los esfuerzos de nuestra depravada civilizacion tienden á aminorar cada vez mas y á hacerla desaparecer.

Un padre era soberano en su casa; contra sus sentencias no habia apelacion, y eran ejecutadas sin murmurar y sin oponer resistencia.

Los habitantes de la granja conocian el carácter enérgico y la voluntad implacable de su amo, sabian que nunca perdonaba, que queria mas á su honra que á su vida, y por lo tanto, con un sentimiento de temor indefinible, se prepararon á asistir al drama terrible que iba á representarse delante de ellos entre el padre y el hijo.

D. Ramon se levantó, dirigió una mirada sombría en torno suyo, y tirando su sombrero á sus piés, dijo con voz breve y profundamente acentuada:

—Escuchadme todos: pertenezco á una antigua raza cristiana, y mis antepasados nunca han faltado á sus deberes, y la honra siempre fué considerada en mi casa como el bien principal. Esa honra que mis antepasados me transmitieron intacta, y que yo me he esforzado para conservar pura; mi hijo primogénito, el heredero de mi nombre, acaba de mancharla con una mancha indeleble. Ayer, en Hermosillo, de resultas de una disputa en un garito, prendió fuego á una casa, con esposicion de incendiar toda la ciudad, y porque un hombre queria oponerse á su fuga, le mató de una puñalada. ¿Qué se puede pensar de un muchacho que, en una edad tan tierna, se halla dotado de esos instintos de fiera? ¡Ha de hacerse justicia, vive Dios! ¡La haré, y muy severa!

Despues de pronunciar estas palabras, D. Ramon cruzó los brazos sobre el pecho y pareció como que se recogia.

Nadie se atrevia á hablar una palabra en favor del acusado: todas las frentes estaban inclinadas, todos los pechos anhelosos.

Rafael era muy querido de los servidores de su padre, por su intrepidez que no conocia obstáculos, por su destreza para manejar un caballo y servirse de todo género de armas, y mas que todo, por la franqueza y la bondad que constituían el fondo de su carácter. En aquel país, sobre todo, en el que la vida de un hombre significa tan poco, todos se hallaban dispuestos interiormente á disculpar al jóven, y á no ver en la accion que habia cometido mas que el ardor de la sangre y el arrebatado de la cólera.

Doña Jesusita se levantó; siempre se había inclinado sin murmurar ante las voluntades de su marido, que se hallaba acostumbrada á respetar hacia muchos años: solo la idea de oponerle resistencia, la aterraba y producía un estremecimiento en todo su sér; pero el amor entero de su alma se hallaba reconcentrado en su corazón, adoraba á sus hijos, y sobre todo á Rafael, cuyo carácter indomable necesitaba mas que ningún otro los solícitos cuidados de una madre.

—Caballero, dijo á su marido, con voz entrecortada por las lágrimas, tenga V. en cuenta que Rafael es su primogénito; que su falta, por muy grave que sea, no ha de ser indisculpable para V., que es su padre, y ¡que yo! yo! añadíó cayendo de rodillas, cruzando las manos y prorumpiendo en sollozos, imploro la compasión de V. ¡Perdon, caballero! perdon para mi hijo!

D. Ramon levantó friamente á su mujer, cuyo semblante estaba inundado de lágrimas, y despues de haberla obligado á sentarse de nuevo en su sillón, dijo:

—Como padre, sobre todo, es como mi corazón debe mostrarse sin piedad!..... Rafael es un asesino y un incendiario: ¡ya no es mi hijo!

—¿Qué intenta V. hacer! exclamó doña Jesusita con terror!

—¿Qué le importa á V., señora? contestó D. Ramon bruscamente; el cuidado de mi honra es exclusivamente mio. Bástale á V. saber que esta falta será la última que cometa su hijo.

—¡Oh! exclamó la madre horrorizada, ¡quiero V. ser su verdugo!.....

—Soy su juez, replicó el implacable caballero con voz terrible. Eusebio, ¡prepare V. dos caballos.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó la pobre mujer precipitándose hácia su hijo, á quien estrechó fuertemente entre sus brazos: ¿nadie acudirá á auxiliarme?

Todos los circunstantes estaban conmovidos. El mismo D. Ramon no pudo contener una lágrima.

—¡Oh! exclamó la madre con loca alegría, está salvado! ¡Dios ha ablandado el corazón de ese hombre de hierro!

—Se equivoca V., señora, dijo D. Ramon rechazándola bruscamente: ¡el hijo de V. ya no es mio, pertenece á mi justicia!

Entonces, fijando en su hijo una mirada fria como una hoja de acero, le dijo con una voz cuya entonación terrible hizo estremecer, á pesar suyo, al jóven:

—Don Rafael, desde este mismo momento no forma V. ya parte de la sociedad, á la que sus crímenes han aterrado; ¡le condeno á V. á vivir y á morir con las fieras!

Doña Jesusita, al oír aquella sentencia terrible, anduvo algunos pasos tambaleándose y cayó de espaldas.

Se había desmayado.

Hasta aquel momento, Rafael, aunque con sumo trabajo, había encerrado en su corazón las emociones que le agitaban; pero al ver aquella última peripécia, no pudo contenerse por mas tiempo: se precipitó hácia su madre, prorumpiendo en llanto y lanzando un grito desgarrador.

—¡Madre mia! madre mia!

—¡Venga V.! le dijo D. Ramon poniéndole la mano sobre el hombro.

El muchacho se paró, tambaleándose como un hombre ebrio.

(Se continuará).

LA REINA DE LA VENDIMIA

POR JAVIER DE PALACIO.

I.

De súbito la rubia vendimiadora dió un grito de triunfante alegría.

Entonces sus compañeras empezaron á murmurar en coro: «¿Qué es ello?» Despues en el extremo de una banda brillaron dos ojos que miraban hácia donde estaba Luisilla.

Luisilla era la linda chica que acababa de gritar.

¿Y por qué gritaba? ¿Por qué su pequeña y rubicunda boca había lanzado al aire aquella loca espresion de contento, aquella chispa eléctrica, aquella lluvia de alegría que brotaba de su corazón?

¡Ah! eso es lo que vamos á esplicar, y para ello corremos por una vereda que nos conducirá muy pronto al camino real de nuestro cuento.

En las orillas del Danubio, porque en ellas nos hallamos, florecen mil tradiciones encantadoras.

Créese que Dios forma siempre dos almas á la vez, que se separan al caer de sus manos, algunas veces para no encontrarse sino en el cielo, y otras para encontrarse en la tierra. En uno u otro caso, es el amor, la felicidad, el paraíso.

Escusamos decir que estas dos almas semejantes son siempre de una jóven y un mancebo. ¡Pero cómo reunirse, conocerse, casarse con seguridad! Muchas veces hay engaños, y estos son los malos matrimonios.

Pues bien; en las orillas del Danubio nadie se engaña: conócese el arte de evocar la otra mitad de sí mismo, de trabar relaciones con su alma gemela, de saber con la sombra el amor de la verdad.

En invierno, por dos almendras encerradas en la misma cáscara; en primavera, por dos cerezas confundidas como los labios en una sonrisa de niño; en verano, por dos espigas en un mismo tallo; en otoño, por dos racimos blancos soldados por siete uvas negras, ni mas ni menos.

¡Qué capricho! ¡Pero qué seguridad!

En las espigas, en las cerezas y almendras se puede ver una equivocacion, pero nunca dejar de ver.—Con el maravilloso racimo todo es visible, todo cierto, todo palpable.

Quando es llegada la hora, parece descender de los espacios una armonía celestial..... Despues una nube de perfumes, de donde no tarda en salir el amante desconocido.....

O una amante, porque la leyenda tiene aplicacion á los dos sexos.

En cuanto á la evocacion, ya observaremos á Luisilla.

Sigamos con la aparicion.

El fantasma, la sombra, el Sosia vaporoso dice su nombre y su familia si es extranjero: si no, se deja ver nada mas.

En el último caso, se supone la esplicacion; en el primero, el jóven se pone en camino, tambien la jóven, lo que ocasiona á veces agradables encuentros.

Y se casan, aun á despecho de las preocupaciones paternales. ¡Quién osaría desunir dos corazones ligados por el cielo!

Semejantes matrimonios son siempre felicisimos: almendras ó cerezas, espigas ó racimos, son siempre conservados como oro en paño; estos talismanes del amor tienen la virtud de exorcizar al instante las negras ó pardas nubes que pasan y repasan constantemente por el cielo del matrimonio.

Ya veis si es ó no un acontecimiento el encuentro de tan agradables amuletos.

Y esto precisamente es lo que acababa de suceder á Luisilla.

Vendimiadoras y vendimiadores forman corro á su alrededor; dudaban, querian ver; examinóse el talisman en todos sus detalles. Nada le faltaba; era la blancura dorada de la uva; era la soldadura vegetal con los siete anillos negros; era el racimo de los celestes amores.

Los muchachos estaban despechados, las muchachas furiosas: aquellos porque Luisilla era la mas pobre de todas; estas porque entre todas, Luisilla era la mas hermosa.

—¡Habrás visto! murmuraba una rica labradora: el talisman destinado para la boda, cae precisamente en manos de la que nadie querría para mujer.

—¡Es una picardía! zumbaba la hija del burgomaestre; esto no se cuenta: es necesario hallarse en posición de ser amada para tropezar con el racimo de los amores.

Y los muchachos escitaban á las muchachas,

y las muchachas enrabiaban á los muchachos, y toda la vendimia se azrupó tumultuosamente á algunos pasos de Luisilla.

II.

Callaba la huérfana; toda temblorosa miraba, derramando lloro abundante, su pobre racimo que quizá le arrebatarían; su único bien, su tesoro.

No; me engaño: ella tenia ojos azules que valían mas que el estrellado azul; una tez de ópalo, labios rojos como el rosicler de una rosa color de rosa; cejas negras como purísimo azabache, rubia crencha, y en aquel momento las lágrimas que caían sobre sus pequeños piés de alabastro asemejaban un rocío de diamantes.

Y aquel contorno purísimo como el de una virgen de Murillo, aquellas formas virginales como los sueños de sus doce años, estaba cubierto con cuatro harapos miserables, pero que hacían aun mas interesantes tan seductor conjunto.

La deliberacion terminaba: rodean de nuevo á la casta virgen, y el vendimiador que antes hablara tomó la palabra:

—Luisilla, dijo: hemos decidido que tu encuentro es un error de la casualidad; por consiguiente, tu racimo va á sortearse entre todas las muchachas de la aldea, y la que sea favorecida, te dará en cambio un barril de cidra.

—¡Bravo! clamaron todos.....

—¡Lo que viene del amor, se da y no se vende! respondió Luisilla.

Escribiéronse en verdes hojas los nombres de las jóvenes, excepto el de la agraciada: colocóselos en un sombrero; habia diez y siete.

Un niño con los ojos vendados aventuró su mano en el sombrero.

—¡Este es el nombre del agraciado!

—Leed pronto.

—Luisilla.

—¿Cómo es eso?—¡Mentira!—¡Comenzad de nuevo!—¡Chit!.....—¡Pronto!—¡Pronto!—¿Quién es?—Luisilla.

¡Y la vez tercera el mismo nombre! ¡y siempre el mismo!..... ¡Y en las diez y siete hojas, Luisilla!

¡Qué estupefaccion!—¡Qué despecho!—¡Qué furor!

—Es una bruja.—Llévrsela al obispo.—Quemadla.—Venga el racimo.—¡Si, sí!..... ¡A mil!..... á mil!..... á mil!.....

Y diez y siete manos furibundas revoloteaban trémulas en torno de la pobre muchacha....

De pronto oyóse en la base de la colina un atronador zumbido de trompetas. A tan inesperada algazara, vendimiadores y vendimiadoras cayeron con el rostro hácia el suelo.

III.

Estamos en el año mil, y los astrónomos habían predicho el fin del mundo.

A cada sonido de instrumentos estendido por lontananza, creían locamente en las trompetas del juicio final.

Pasaron algunos minutos de agonía, en los que nadie osó levantar la cabeza ni abrir los ojos.

Juzgad, pues, de lo culminante del terror, cuando todos los muchachos sintieron sobre sus espaldas, como la caricia poco agradable del regaton de las artesanas.

Era cosa para morir de repente.

Felizmente gritó una voz:

—¡Arriba, imbéciles!.....

El ángel exterminador hubiera hablado con mas política.

Nuestros poltrones volvieron el rabo del ojo, y reconocieron con cierta satisfacción que sus enemigos eran solo trompetas militares, ó mejor dicho, heraldos de armas.

—¿Cuál es la aldea de Badschlag? preguntó el que parecía jefe.

—¡La nuestra! respondieron las muchachas con agradable sonrisa.

—¡La nuestra! clamaron los mozos imitando á las doncellas.

—¡Atrás, bárbaros! gruñó el oficial, nuestro negocio se entiende únicamente con el bello sexo.

Hicieron cerco los mozos, trocaron sus sonrisas estúpidas por las muecas mas ridiculas.

—¡El retrato! dijo entonces el tambor mayor de los heraldos.

Aproximóse respetuosamente un jóven, y abrió un rico estuche de palo santo, que contenia el retrato de una jóven, tan hermosa, que mas bien parecia un sueño de poeta daguerreotipado en la tela, una hada, una huri, un ángel.

El oficial pasó revista á las diez y siete Badschlagesas, deteniéndose delante de cada una para compararla con el retrato.

Para las lindas, dejaba escapar un suspiro, que parecia significar: ¡Qué lástima! Para las viejas y las feas, una mueca y ligereza significativas.

—¡Viaje inútil! murmuró llegando al otro extremo de la línea.

—Perdon, observó el pajecillo; pero allí veo otra jóven que es sin duda de la aldea de Badschlag.

Y señalaba á Luisilla, separada modestamente de sus compañeras, con el racimo de los amores.

—¡Veamos, pues, muchacha!.... llamó el heraldo de armas de una manera poco amable.

Pero apenas volvió Luisilla su linda cabeza, cuando exclamó espontáneamente:

—¡Ella es!

Y muy confuso y contrariado, vino á arrodillarse respetuosamente á sus piés.

—¡Ella es! exclamó el acompañamiento arrodillándose tambien.

Dejo á vuestro juicio la estupefacción de los vendimiadores, la sorpresa idiota de los mozos, y sobre todo, la admiración de Luisilla.

Algunos segundos despues, los soldados abrieron tres cofres: el primero lleno de oro, el segundo de pedrerías, y el terço de vestidos y galas dignos de una reina, presentándolos con el mas profundo respeto á Luisilla.

—¿Para mí? balbuceaba la pobre niña; ¿para mí todas esas riquezas?....

—Mañana sabréis el motivo, señora..... replicó el jefe de los heraldos de armas; pues hasta mañana no llega quien puede reservarse el derecho de manifestaroslo todo. Entre tanto, nuestra mision se limita á ofreceros estos presentes y velar por vos.

Al acabar estas palabras, levantóse; los demás hicieron otro tanto; y todos, sombrero en mano, esperaron las órdenes de Luisilla.

Palpitante, indecisa, creyendo ensoñar, la huérfana deslumbrada, contemplaba sucesivamente los cofres sin decir una palabra.

Entre tanto, los vendimiadores de ambos sexos entonaban coros en loor de Luisilla, la huérfana, la harapososa; y la brisa de la tarde, y el aroma de las flores, y el sol que se hundía radiante de oro y luz en occidente, y las verdes cepas, y las colinas, formaban un cuadro célico, divino, que solo podia concebir y animar Dios en sus secretos destinos, y trasladar al lienzo ó al papel la mano inspirada del artista.....

IV.

La pobre niña, cuyo porvenir acababa de cambiar en algunos minutos, quiso cerciorarse de si aquella metamorfosis era sueño ó quimera, y tomando en sus pequeñas manos unas cuantas piedras preciosas, comenzó á distribuirlas entre sus compañeras.

Despues llenó su delantal de escudos de oro, y rogó al burgomaestre los distribuyera entre los pobres: en seguida, tomando el mejor vestido del tercer cofre, lo ofreció para la modesta Madona de la aldea.

—Bendita seas en tu nueva fortuna, hija mia, replicó el prelado, porque te muestras digna de ella, y Dios te la conserve si en tan buen camino continúas.

Luisilla inclinó su rubia cabeza á la bendición del anciano, que acudiera á tan extraordinario suceso, lo mismo que las notabilidades de la villa.

Y levantándose radiante de alegría, ordenó á

los extranjeros conduceren el equipaje á su choza, á donde ella comenzó á guiarlos.

Todos los mozos del pueblo precipitáronse tras su breve huella, como moscas en derredor de sabroso panal; pero ella los detuvo con un gesto lleno de gracia y acariciando con su mirada azul el racimo de los amores:

—No tendré otro marido, dijo, que el que me indique el talisman.

Despues, el brillante acompañamiento de la huérfana desapareció á través de las viñas.

Las vendimiadoras entonces corrieron á los vendimiadores, con el fin de echar en cara cada una á su cada uno, su mentida fidelidad.

Empero los vendimiadores volvieron la espalda á las vendimiadoras, y marcharon en grupos, cabizbajos todos, y todos con la misma idea fija en la imaginación, de suplantar al amante anónimo; ¿pero cómo?

¡Voto á cribas! por medio de una aparición, ó espíritu..... ó fantasma..... Introduciéndose á media noche, hora de la evocación..... en la choza de la huérfana, y designándose como el amante escogido por el Cielo.

La astucia no dejaba de ser buena, cuando un solo galán intentase la aventura con la crédula niña. Pero diez y siete al mismo tiempo, era una locura.

Para ayudar tan arriesgado propósito, buscóse á una vieja considerada como bruja, la cual fué con-ultada clandestinamente por todos los mozos del pueblo; ni uno solo faltó: y aun se pretende que el burgomaestre, respetable viudo con sus cincuenta y cinco años, todo un burgomaestre, fué tambien á consultar en su espelunca el horroroso vestigio que servía de pitonisa.....

Respondió á cada cual que era necesario disfraczarse de diversas suertes, como de fantasma blanco, de espectro negro, de májico de Arabia, de trovador, de caballero..... y es fama que previno al burgomaestre se trasformara en ángel guardian con sus alas y todo.

Valor se necesitaba para usar de estas bromas en el año de mil, cuando de un momento á otro podia sonar la última hora del mundo.

Sin embargo, todos obedecieron á las doce en punto de la noche. ¡Terrible sed de oro!....

Si las trompetas fatales hubiesen hecho caer las murallas de la aldea, ¡qué espectáculo para los arcángeles!

Un carnaval en forma, un *aquejarre* de Gæthe, un verdadero *pandæmonium*.

Pero aguardemos un poco, y volvamos á Luisilla.

Encerróse en su cabaña miserable con los tres espléndidos cofres y el racimo de los amores, mientras que los heraldos de armas se instalaban en una granjería contigua á la choza, con el oido atento al muro, no por curiosidad, sino por una vigilancia fanática.

Sola Luisilla, examinó sus vistosas galas y escogió para adornarse un blanco vestido de *museolina*, que parecia tejido por la mano de la Virgen, y una corona de flores del campo.

¡Y cuidado que estaba hermosa con su sencillo tocado! ¡Y cómo sus rubios cabellos parecian hilos de oro sobre apretada nieve de las montañas! ¡Por Dios que está hermosa Luisilla! Bien es verdad que nunca habia dejado de serlo.

¿Pero qué significaba todo aquello? hé aqui la pregunta continua de la niña; y con su lindo piecico golpeaba impaciente el suelo, y su pura frente, tan fresca como una rosa entreabierta, se arrugaba meditativamente como la sensitiva de los campos al contacto de un cuerpo extraño.

Pero todo lo que pudo responder el pajecillo, que cenaba á la luz de la luna, era, que los heraldos de armas, enviábalos un gran principe que tres meses antes habia consultado en su país el racimo de los amores. La aparecida fué una jóven que diz habitaba en Badschlag: apresuróse á hacer él mismo el retrato de la celeste aparición y.....

La voz del capitán le impidió decir mas. Empero aquello era bastante para satisfacer la curiosidad de la jóven.

—Principe ó no, dijo haciendo el mas gracioso de los movimientos, si el racimo de los amores

no me aconsejara amarle, en balde sería su retrato, sus tres cofres y los gastos del viaje. Pero ya se aproxima la hora de la evocación..... ¡pronto!.... ¡pronto!....

En efecto, el reloj de la aldea no tardaría en dar las doce; Luisilla colocó su única mesa en medio de la habitación; sobre esta mesa un blanco mantel, y sobre él tres hojas de parra, depositando encima el racimo de los amores. —Tras de una canción del efecto, oyó el sonido lento del reloj que marcaba la media noche. Al duodécimo golpe, la luna se ocultó en una oscura nube, y la choza quedó sumida en la oscuridad.

Luisilla tembló.

Pero en aquel momento oyó pasos á derecha é izquierda, y por todas partes á la vez.

—¡Dios mio! murmuró temblando, ¿cuántos piés tiene mi marido?

Apenas concluía estas palabras, inundóse la barraca de un mar de luz.

¡Horror! Luisilla apercibió al punto como una legión de fantasmas blancos y negros, sin contar los trovadores, caballeros, magos, toda la mascarada que sabemos, saltando confusamente á la luz de la luna.

La jóven, espantada, volvió la cabeza.

Por aquella parte estaba un ángel batiendo sus alas.

—¡Ah! dijo, ¡es el amante esperado!

Y corrió á buscar un refugio en sus brazos.

¡Horror! ¡tres veces horror! era el espantoso burgomaestre.

Luisilla dió un grito y cayó desmayada.

Y la luna, que de nuevo se ocultaba, dejó á la choza en la mas profunda oscuridad.

Empero, al grito de la jóven, los heraldos de armas habian mirado por las rendijas del muro exterior.

Aquello solo bastó para hacerles adivinar la verdad.

—Caigamos sobre esos miserables, dijo el capitán, y la trompa sonó con un ruido infernal.

—¡El juicio final! gritaron las máscaras llenos de espanto, y echando á correr.

Y las trompetas los perseguían á través de los sembrados y los bosques.

Las máscaras corrían siempre, y las trompas sonaban á lo lejos. Y sucedíanse los gritos, las imprecaciones y las caídas: aquello era fantástico, suntuoso, imposible, y duró el resto de la noche.

Sin embargo, Luisilla permanecía desmayada.

De súbito apareció un hermoso jóven, corrió á ella, sacó de su justillo de terciopelo un pomo de oro, y levantando á la jóven, hizola respirar dulcemente la vida, por sus narices rociadas como son las rosas.

—¡Vuelve en tí! decía al mismo tiempo, ¡vuelve en tí, amada mia!

¡Oh, Dios mio! suspiró Luisilla, cuán dulce es su voz para un burgomaestre.

Y el desconocido la tomó una mano.

—¡Jesus! dijo un poco mas alto, y su mano para un burgomaestre es en extremo dulce.

Convenid, queridos lectores, en que la luna hubiera cometido una torpeza dejándolos sepultados en la sombra.

A su poética luz de plata, Luisilla apercibió al bello jóven que sonreía á la vista del racimo de los amores.

—¡Sombra de mi amado! exclamó Luisilla, ¡oh! yo te amo ya.

Y se acercaba el uno al otro, separándolos solamente el misterioso talisman.

Al comer ambos en el racimo de los amores, sus labios se tocaron.

—¡Luisilla! murmuró dulcemente el hermoso jóven, estrechándola en sus brazos.

Pero la jóven retrocedió dos pasos: acababa de sentir el latido de un corazón junto al suyo, y apercibióse, en fin, que no era un sueño.

—¡Un hombre!... exclamó; ¡un hombre!... ¿Pero quién sois, caballero?

—¡El principe! replicó una voz á su lado.

Volvióse ella vivamente; era el capitán de los heraldos que volvía al amanecer con los cazadores y sin los cazados.

— ¡Esposa mía! exclamó el príncipe, tendiéndola los brazos.

— ¡Oh! mi esposo escogido por el cielo! respondió Luisilla, precipitándose en su seno para ocultar su rubor.

V.

— ¡Qué castigo para todos esos imbéciles? preguntó el jefe de los heraldos de armas.

— Que permanezcan así durante siete días, contestó el príncipe.

— ¡Y el burgomaestre?

— ¡Siempre!

Figuraos á los vendimiadores obligados á acabar la vendimia, de trovadores, turcos, fantasma blancos y espectros negros.

¡¡Pues y el burgomaestre!!...

VI.

El racimo de los amores fué piadosamente conservado durante muchos siglos.

Empero concluyó por secarse enteramente.

Y por último, uno de los tataranietos de Luisilla lo tomó por un racimo de pasas de Corinto, y juzgó mejor trasladarlas á su estomago.

En cuanto á esta historia, vive aun en la memoria de los habitantes de las orillas del Danubio; siempre es la leyenda favorita de la vendimia; siempre el cuento por excelencia de todos los cuentos de otoño.

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POE J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

De todos los objetos inanimados, es tal vez un alfiler el que asiste mas inmediatamente á los acontecimientos que componen la vida humana. ¡Ah! si un alfiler pudiese hablar, sin duda contaría cosas muy curiosas. A mi me han sucedido aventuras bastante singulares, iba á decir bastante picantes, para que suplique á un íntimo confidente que trasmita su recuerdo.

UN ALFILER.

I.

EL NACIMIENTO.

Dijo Dios: «Hágase la luz, y la luz iluminó al mundo.» ¡Pobres humanos, tan orgullosos de la partícula del soplo divino que os anima é hinche vuestro orgullo; cuántos de vosotros necesitan combinar sus esfuerzos para crear... UN ALFILER!

Contemos bien: 1.º en una vasta fábrica de complicadas máquinas animadas por la fuerza del vapor, produce, con el concurso de un pueblo de obreros, el alambre de latón que se convertirá en alfileres; 2.º el enderezador hace perder al hilo su curva y lo corta en pedazos; 3.º el punteador corta sobre la piedra de afilar la estremidad del alambre; 4.º el cortador da al alfiler la longitud que se quiere; 5.º el retorcedor dispone el alambre en espiral para hacer las cabezas; 6.º el corta abejas coloca y fija la cabeza; 7.º el cocinero hace cocer y hervir las cabezas para darles ligereza; 8.º el moldeador de cabezas les da un aire elegante; 9.º el limpiador le da la primera limpia; 10.º el lavador está encargado de estañarlas y azogarlas; 11.º el apagador les hace tomar un baño de agua fría; 12.º el pulidor les hace dar rápidamente vueltas en un tonel lleno de salbado; 13.º el aventador separa los alfileres del salbado; 14.º el picador alinea los agujeros sobre el papel; 15.º el prendedor prende los



La casa blanca.

alfileres en los agujeros. Un gran número de personas concurren á cada una de estas operaciones; y ha pasado por mas de cien manos antes de ser un artículo para la venta.

II.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

Fui cargado con algunos millones de mis compañeros en un rápido carruaje, y fuimos vendidos como esclavos dispuestos para servicio de gente civilizada. La caja que nos servia de prision fué abierta en un elegante almacén, y nos colocaron con arte en lindos escaparates de cristal. Vendian allí á las hermosas damas perfumes, guantes, cintas y alfileres para sujetar los lazos. Una doncella de servicio, despues de una larga conversacion con el irreprochable dependiente de la tienda que vendia los alfileres, me cogió riendo de una copa de cristal en que me hallaba, y me fijó sobre su seno. Así es como fui yo transportado á una brillante casa del barrio de la *Chaussée d'Antin*.

III.

GRANDEZA Y DECADENCIA.

¡Qué lujo y qué fausto! Al atravesar aquel patio de honor, al examinar el brillo de aquellas pinturas, de aquel oro, de aquellas ricas colgaduras que adornaban el palacio, el esplendor de aquellos salones, de aquel mueblaje de príncipe, y me acordé de aquellos cien miserables artesanos que han reunido sus esfuerzos y sus vigiliass para que yo haga mi entrada triunfal sobre el pecho de una camarera en los dorados salones.

— Pronto, Luisa, gritó una voz penetrante desde el fondo de un tocador vestido de seda. ¿Y esa cinta la habeis mandado hacer?

— Aquí está, señorita. ¡Si supiéseis cuánto trabajo ha costado encontrar una igual!

— ¡Callaos, y dadme un alfiler.

Luisa apresuradamente me desprendió de su pañuelo del pecho y me pasó al de su señorita, vuelta hácia un espejo, ante el cual se estaba vistiendo con la mas grande aplicacion.

Fui colocado con arte para sostener el mas lindo lazo de cinta sobre el cuello de mi hermosa señorita.

Marchábamos al instante; el coche la estaba aguardando.

¡Qué destino tan encantador para un recién llegado! ¡Qué de cosas curiosas iba yo á ver y oír! El lacayo abrió la portezuela del coche y partimos.

Paró en medio del patio. Mi ama se inclinó fuera de la ventanilla del coche para dar una ór-

den, y caí. Si; caí entre dos piedras del vasto patio.

Habia allí un gran movimiento de ir y venir, y por lo que pude adivinar, grandes oficinas donde trabajaban numerosos dependientes recibiendo y pagando dinero, porque todos los que entraban llevaban al hombro grandes sacos de duros, ó carteras que parecian perfectamente repletas de billetes de banco.

Mi cabeza habia quedado sobre la orilla de una piedra, y allí pude ver y observar que un jóven de modesto porte, aire afable y grave, que acababa de entrar en el patio, pareció reflexionar, discurrió algunos pasos hácia atrás, despues cobró ánimo, y se adelantó resuelto, pero tristemente, al lado de una gran puerta vidriera que tenia esta inscripcion: *Oficinas y Caja*.

Me interesó su aire: hubiera querido estar mas cerca de él para conocerle mejor, porque habia notado que yo poseia el don extraño de adivinar, por el contacto, el talento y el carácter de los que me llevaban.

Si pudiese recogerme, me decia yo á mi mismo.... mejor quisiera unirme á él.... Pero su pensamiento se hallaba en otra parte: el ingrato ni aun me vio.

Pronto le vi salir de aquella puerta vidriera, y la persona que le acompañaba espresaba por sus gestos que no podia concederle lo que parecia desear tan vivamente.

Sin embargo, á sus nuevas instancias, el jefe de la oficina le enseñó las ventanas del cuarto principal de donde yo acababa de bajar en tan brillante compañía, y aun consintió en mandar al portero de la oficina que le llevase á la habitación del dueño de la casa. Los ví bien pronto á los dos en muy breve conversacion detrás de los cristales de la ventana del medio.

— Ensayad, parecia decir el jóven con un continente modesto y convencido.

— No puedo en verdad, parecia responder por gestos no menos espresivos el soberano de la casa; y se inclinó lentamente con el tono de un hombre ocupado que despide á su interlocutor.

Vi al jóven llevarse su pañuelo á los ojos y alejarse de allí saludando con una triste sonrisa.

Lentamente bajó los tres escalones de mármol del peristilo; lentamente atravesó el vasto patio con los ojos fijos en el suelo. Un rayo de sol vino á iluminar mi cabecita en el momento en que pasaba. Sus ojos se detuvieron sobre mi; jamás habia experimentado todavía semejante placer; le vi bajarse, cogerme, limpiarme con cuidado, y colocarme sobre la vuelta de su frac, un poco estrecho y ya bastante raído.

En aquel instante oimos abrir la gran ventana del cuarto principal, y una voz fuerte ritó:

— ¡Bautista! di á ese jóven que suba inmediatamente á hablarme.

Un portero con librea vino á rogarnos políticamente que subiésemos á aquel primer piso de donde acabábamos de bajar, él tan triste y yo tan alegre.

El dueño tenia un semblante fino é inteligente; la frente espaciosa y descubierta; las cejas y la barba negras; los cabellos ya grises; los ojos vivos y penetrantes. Miró en silencio al recién llegado, y le dijo con tono breve y conciso:

— Caballero, os habeis detenido en ese patio; os habeis bajado, parece que habeis encontrado un objeto precioso; creo lo habeis recogido. ¿Podriais decirme la importancia de ese objeto que ha fijado vuestras miradas?

El pobre jóven se hallaba cortado; no se acordaba tal vez ya de mí, ó no se atrevia á decir que un motivo tan fútil le habia detenido. Sin embargo, habiéndose fijado sus ojos sobre su solapa, me vió levantar orgullosamente la cabeza, y desprendiéndome para mostrarme al rico banquero.

— Os suplico, caballero, que me escuseis una costumbre muy pueril, le dijo: mi pobre padre, que he perdido, me ha enseñado á recoger un alfiler, y lo he hecho en memoria suya, como obediencia á los hábitos de orden que queria darme; y me volví á colocar en su frac.



—Hijo mio, le dijo el banquero, no hay que avergonzarse de eso, y es preciso saber que vale mucho el bajarse para coger un alfiler. Tanto es así, que yo que no tenía necesidad de vuestros servicios, como á pesar mio os lo acababa de decir ahora mismo, al presente voy á ponerlos á prueba.

Escribió algunas palabras; dió un campanillazo, y vino un mozo de la oficina.

—Acompaña á este caballero á la mesa del jefe de la correspondencia.

Y despidió al nuevo iniciado por un saludo con la mano.

El banquero se llamaba el baron de Wolff. Era un hombre á quien su inteligencia habia colocado en la primera jerarquia de los negocios de hacienda. Tenia innumerables relaciones en ambos mundos, una probidad intachable y una gran pretension de conocer á los hombres y distinguir para lo que eran aptos. Una buena parte de su inmensa fortuna servia para estimular las artes y las empresas útiles, y para socorrer los desgraciados. ¡Qué gran cosa es la fortuna, y cuán brillante el poder del oro cuando cae en manos tan puras y liberales! Así el baron, siguiendo con los ojos hasta la puerta á su jóven protegido,

hizo votos en su corazon, porque el horóscopo, que no descansaba aun sino sobre mi cabeza de alfiler, quedase justificado en la primera prueba que de él iba á hacer.

IV.

LA PRUEBA.

Abrióse de nuevo la puerta vidriera que da entrada á las oficinas. Nos condujeron ante el jefe de la correspondencia que leyó las órdenes del amo. Miró con sorpresa al recién llegado, como si la tarea que queria hacerle ensayar,

fuese evidentemente superior á sus fuerzas. Lo acompañó él mismo al salon de las oficinas. Allí habia unos departamentos con verjas dividiendo aquel vasto salon, como una carta geográfica divide el mundo en diversos estados. Pasóse delante de la Inglaterra, de la Alemania, de la Rusia, de las Indias orientales, y se llegó finalmente á una oficina especial que tenia esta inscripcion: *Canadá*.

El jefe de la oficina presentó un sillón al candidato, y dijo al dependiente:

—Traed al señor el correo del Canadá. Teneis dos horas, caballero, para examinar y escribir todas las órdenes, y lo llevaréis dentro de una hora en punto á Mr. Wolff.

Sentia yo por el contacto las impresiones de mi digno jóven. Quedé contento de él. Tomó asiento con sencillez y seguridad, dando las gracias.

Su primer mirada fué para el pobre alfiler que le habia servido de pasaporte. Su recuerdo se fijó en seguida en su padre y en los sabios consejos que de él habia recibido. Despues en su madre, todavia tan inquieta de su porvenir. Despues elevó su pensamiento á la Providencia, que le ofrecia, tal vez, la ocasion de ser útil á los que tanta necesidad tenian de su socorro. Despues de haberse recogido y reconfortado en esta saludable reflexion, abrió con decision el legajo de los papeles del Canadá, y se puso á trabajar sobre ellos.

El Canadá, como yo lo he aprendido de un alfiler de aquel pais, es una tierra llena de vida y de saber, donde la civilizacion se propaga con una gran rapidez, donde todos los ojos se dirigen hácia la Francia, su abuela, respetada y amada; un pais donde abundan los mas ricos productos de la naturaleza. Allí se forman ciudades y se desarrollan sobre el antiguo territorio de los Iroqueses, aun antes de que la geografia de nuestro pais tenga tiempo de darles su acta de nacimiento. Me han citado el decano de edad de una ciudad de cuarenta mil almas: aquel venerable es de edad de diez y seis años y medio. Semejante actividad supone grandes necesidades, y una agitacion continua en las creaciones de una civilizacion mas avanzada, con un cambio de productos naturales del suelo contra los productos de la industria refinada del viejo mundo. De aquí un inmenso comercio, una correspondencia multiplicada y febril. ¡Hay tanta prisa en vivir, tanta prisa en gozar! Las órdenes deben de ser cumplidas tan prontamente como el viento que sopla las velas, y el vapor que arrastra el paquebot que las lleva con toda celeridad.

El nuevo dependiente supo algo de esto cuando abrió el inmenso legajo de la correspondencia del dia. Trató de llevar mucho orden en la clasificacion de aquellas cartas tan diferentes. Colocó á un lado los valores, á otro lo contencioso, y á otro las órdenes y encargos, porque la casa de Wolff unia á los negocios de banca una casa de comision y de expedicion, que empleaba un numeroso personal: hizo un resumen de todas las órdenes; un análisis de lo contencioso, y un balance de los valores, que se apresuró á presentar en el despacho de Mr. Wolff.

—¡Yal dijo el banquero sonriendo.

Echó una rápida ojeada sobre la magnífica letra del nuevo dependiente, y sobre sus cifras perfectamente alineadas.

—*Yon Speak English.*

Y la conversacion continuó en inglés.

Aunque el Canadá haya pertenecido en otro tiempo á la Francia, y las costumbres francesas se conserven todavia en el bajo Canadá, el inglés es la lengua del pais: la correspondencia se pone en inglés, y el conocimiento de aquella lengua era indispensable para salir con honor de la empresa.

—¿Habeis estado en Inglaterra, dijo Monsieur Wolff, admirado de la pureza del acento de su jóven dependiente?

—No, *Sir*; pero mi madre, muy instruida, que hablaba el inglés con perfeccion, nos ha trasmitido los primeros elementos. He buscado las ocasiones de hablar inglés, y no he creido faltar á los deberes de un buen católico, yendo,

despues de la misa, al sermon inglés, donde tenia el placer de oír una excelente pronunciacion y una buena moral.

—*Shak han*, dijo vivamente el banquero: sois de los nuestros. Ahora, querido mio, decidme cómo os llamais, y de dónde me viene un jóven tan amable, que solo ha consistido en un alfiler el que no se me escapase, á pesar de mi pretension de no equivocarme jamas sobre fisonomias.

V.

DE DÓNDE VENIMOS.

Tenia el jóven, como hemos dicho, un talle elegante y un aspecto que prevenia en su favor. Parecia tener de veinte y dos á veinte y tres años. Sus ojos eran rasgados y aterciopelados; largas pestañas y hermosas cejas le daban tanta dulzura como brillo; su frente era ancha, descubierta, blanca, pura como la de una doncella; ningun mal pensamiento habia empañado todavia la pureza de la criatura de Dios; una cabellera negra, rica y abundante acompañaba el óvalo de un rostro que espresaba la sencillez, la calma y cierta seguridad; un ligero bigote sombreaba labios algo pronunciados, y una naciente perilla vagaba sobre una barba de veinte años; su talle era esbello y bien cortado; su vestido un poco descuidado; su porte natural, preciso es decirlo, y sin embarazo.

Muy animado por la favorable acogida del baron, continuó la conversacion en inglés, viendo el placer que tenia su nuevo amo en hablar aquella lengua, que es en Europa la lengua de los negocios, así como el francés es la lengua universal de la literatura y del bien hablar.

—Me llamo Jorge; tengo veinte y dos años; pertenezco á una familia de artista; mi padre ha sucumbido al exceso del trabajo; mi madre, viuda con muchos hijos, habita en provincia, y ha proveido con valor y sin mas recursos que su animo á nuestra educacion; me ha apartado con razon de la difícil carrera de las artes; y yo aspiro al momento en que pueda serle útil, y sostener á mi vez á mi familia. Despues de haber terminado mis estudios, he aprendido las lenguas extranjeras y el comercio en casa de un pariente mio en Alemania. Desde mi vuelta he buscado inútilmente y en vano donde emplear mi buena voluntad: todas las puertas las he visto cerradas por falta de recomendacion, y sin éste alfiler, que quiero guardar siempre como un precioso talisman, yo.....

Habiale escuchado el banquero con la mas grande atencion, observando con una penetracion que hubiera podido causar embarazo á una naturaleza menos candida, la encantadora espresion de aquella fisonomia. ¡Es una cosa tan bella, una naturaleza elegida, tal cual ha salido de las manos de Dios, cuando la llama de la vida no está nivelada ni apagada por las malas pasiones!

Mr. Wolff, despues de haber examinado con una rápida ojeada el trabajo que se le habia presentado, tenia gran placer en levantar los ojos sobre Jorge, y *calcular*, como dicen los americanos, todo lo que aquella buena mirada prometia de franqueza y probidad.

—*Very Wuell*, dijo, no os pido mas fiador que vos mismo. Seréis jefe del servicio del Canadá; haréis la correspondencia, me gusta vuestra letra, y es la que me conviene. Los extranjeros deben medir el cuidado que tomamos en sus negocios por la precision y la claridad que ponemos en nuestras comunicaciones. He perdido uno de nuestros mejores corresponsales, porque vuestro predecesor no tenia una letra bastante *corrada*, y echaba las *d* como sauces llorones. Hablad poco, escuchad mucho, no respondais sino sobre lo que sepais de una manera terminante; evitad las malas compañías; no formeis aquí amistad con nadie sin prevenirme; pensad con frecuencia en vuestra madre; y esta idea os sostendrá en vuestros rudos trabajos, porque aquí la vida es un infierno, y somos infatigables. Como aquí no teneis parientes, tendreis cuarto en la casa y dos mil francos; mas tardé ya verémos; id, hijo mio.

Todo esto fué dicho en inglés, y con un tono breve y terminante, que era la peculiar costumbre de Mr. Wolff.

Pero no habia dicho todo lo que pensaba de la manera feliz con que Jorge habia sabido salir en tan poco tiempo del horrible trabajo que le habian confiado.

—Este es el hombre que me hace falta, dijo: ardor, calma, instruccion, modestia, sencillez y seguridad. ¡Cuántos vemos pasar delante de uno antes de encontrar semejante hallazgo! Este mozo hará carrera.

(Se continuará.)

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

Háse notado con razon que las empresas y resultados de tan grande y tan rica parte de la nacion inglesa como la que se ocupa en el comercio, fijan en todos tiempos la atencion del gobierno, é influyen en la mayor parte de sus resoluciones. Cuando se proyectó el enviar una embajada á la China, se pensó con bastante fundamento que aquella embajada no tenia mas que un objeto mercantil. Era aun tanto mas fundado el creerlo, cuanto que por las relaciones que existian entre la China é Inglaterra se exigia un cambio que nos las hiciera mas ventajosas. Ni en los primeros tiempos en que los Ingleses fueron á traficar á Canton, ni despues, se habia presentado circunstancia alguna que pudiese ser mas favorable para tratar á los Chinos, y estos eran á su vez, bajo este aspecto, los menos favorecidos por los Europeos.

Los Portugueses fueron los primeros que frecuentaron las costas de la China. Hará cerca de doscientos años que aboraron á ellas. Fué la época de sus mas brillantes hazañas y de la gran reputacion que se adquirieron. Ellos hicieron tan importantes servicios á los Chinos, que estos, en recompensa, les concedieron, al estremo meridional de su imperio, un terreno para edificar una ciudad cerca de un puerto seguro, con otras muchas ventajas; y aunque su poder decaido y su gloria empañada, han hecho quitar insensiblemente á los Portugueses una parte de sus privilegios, el recuerdo de sus antiguas y útiles alianzas les hace tener entre los Chinos una acogida mas fácil y de mas confianza que á las demás naciones de Europa, y aun en muchas ocasiones una marcada preferencia sobre ellas.

Hácia mediados del siglo xvi, ayudaron los Holandeses á los Chinos á someter á un peligroso rebelde llamado *Coschinga*, cuyas flotas instaban los mares orientales de la China. Como premio de aquel auxilio, el gobierno los favoreció por algun tiempo. Hasta fueron invitados á ir á Peekin, donde entonces reinaba el primer emperador de la raza de los tártaros—Mantchoux. Su sucesor, el gran Cam-Hi, ó como se pronuncia, Chaung-Schéé, acogió favorablemente mientras duró su reinado, largo y pró pero, á todos los extranjeros instruidos en artes y ciencias, acerca de las cuales la Europa lleva gran ventaja á la China. Tomó muchos de estos extranjeros para su servicio, les dió su confianza, y á algunos de ellos los empleó en negociaciones políticas.

Todos estos extranjeros, nacidos en diferentes puntos de Europa, pertenecian á diversas órdenes monásticas de la religion Católica; y habiéndose mostrado celoso en la propagacion de su fé, sus superiores les habian encargado ir á predicar á lejanas naciones. La mayor parte de ellos adquirieron mucho aprecio y crédito, tanto por sus conocimientos y su talento, como por la austeridad de su costumbre; su desinterés y su estremada modestia; de aquí es que su conducta, la que no permitia suponerles, al menos en lo concerniente á los negocios temporales, las miras ambiciosas de los demás hom-

bres, les atraía el respeto de los que estaban poco dispuestos a seguir su ejemplo. No solamente hicieron muchos prosélitos á su religion, sino que inspiraron una alta idea del país que los habia visto nacer, y sirvieron eficazmente á aquellos de sus compatriotas que hacian el comercio en los puertos de la China.

Los Ingleses no encontraron ni la ocasion de prestar servicios al imperio chino, ni la de hacer respetar allí su carácter y proteger su comercio. No obstante, su gobierno habia escitado y sostenido de una manera respetable las operaciones mercantiles que habian emprendido en otros países lejanos.

Léese en la historia del comercio de Inglaterra, que en el año de 1599, la reina Elisabeth hizo partir á John Mildenhall, quien fué por tierra de Constantinopla á Délhy, á fin de obtener del Gran Mogol algunos privilegios para una compañía inglesa que estaba dispuesta á formarse. John Mildenhall se vió por mucho tiempo contrariado por los jesuitas españoles y portugueses que iban á la corte del Mogol, y que para suscitar enemigos á los Ingleses, no escaseaban ni las intrigas ni los presentes. Pero al fin, el enviado de Elisabeth se alzó con el triunfo. Se sabe tambien que esta sabia princesa escribió al emperador de la China, recomendándole, de la manera mas espresiva, á los jefes de una expedicion que partia para Canton; pero las desgracias que aquella expedicion experimentó en la mar, le impidieron llegar á su destino. Despues trascurrió mucho tiempo sin que la Inglaterra intentara hacer comercio alguno regular con la China; los Portugueses parecian haberse abrogado el privilegio esclusivo de frecuentar los mares de aquel imperio. Asi es que hasta 1634 no permitió, por un tratado particular, el virey de Goa, la entrada en la China y en todos los establecimientos portugueses en la India, á algunos negociantes ingleses, que á pesar de la carta esclusiva, dada por la reina Elisabeth á la compañía de Indias Orientales, acababan de obtener de Carlos I el permiso para traficar en las mismas comarcas.

Estos negociantes hicieron armar muchos buques, y dieron el mando de ellos al capitán Weddell, quien despues de firmado el tratado por el virey de Goa, creyó que le bastaria tener cartas para el gobernador de Macao, á fin de obtener la proteccion necesaria para traficar sin inconveniente con los Chinos de Canton. Pero siguiendo la relacion manuscrita de este viaje, relacion que parece haber sido dictada por la verdad, el procurador de Macao pasó en seguida á bordo del buque principal inglés, y dijo que les haria suministrar todos los comestibles y demas que necesitasen; pero que no podria facilitarles los medios de tratar con Canton, porque los Chinos no consentirian en ello; suponiendo al mismo tiempo que estos últimos tenian á los Portugueses en una opresion cruel.

Sin embargo, los Ingleses resolvieron reconocer la costa de Canton; para lo que botaron una barca y una gran chalupa con cerca de cincuenta hombres, quienes, despues de dos dias de navegacion, llegaron á la embocadura del rio, donde percibieron un paso muy fácil, pero que estaba vedado á los Portugueses. Los Chinos no admitian allí de buena gana á ningun extranjero, porque era el punto donde se acogen sus mejores *juncos* (1) mercantes y de guerra. Los Portugueses no iban, pues, á traficar á Canton, sino en pequeños barcos, y pasando por grandes fondos y á través de una multitud de pequeñas islas poco distantes del continente.

Mientras que la barca se hallaba anclada aguardando que el viento y la marea le permitiesen entrar en el rio, se descubrió muy de mañana un barco de pescadores. Tomás Robinson se puso al punto á seguirle, tardando bastante tiempo en alcanzarle, porque los muchos remos de que van armados esos *juncos*, les dan gran velocidad. El inglés se habia prometido que hubiera en el *juncos* un piloto, ó al menos un intérprete; pero no halló ni uno ni otro. Trató á los

Chinos con dulzura, y los soltó luego, cosa que á la verdad no esperaban. Poco despues alcanzó otro *juncos*; pero, aunque tan afectuoso como la primera vez, no fué por eso mas feliz.

Al cabo de algunos dias, una canoa china se adelantó hácia la gran chalupa para ofrecerle provisiones. Los Ingleses pidieron por señas á los Chinos que condujeran á algunos de ellos á Canton, con el objeto de hablar á los mandarines, á lo que accedieron los Chinos. Al dia siguiente, la chalupa, dándose á la vela, aprovechando la marea y el buen viento, pasó cerca de un castillo arruinado, y encontró una flota compuesta de una veintena de grandes *juncos*, y mandada por el contra-almirante de mar que bajaba el rio de Canton. Ese jefe hizo decir atentamente á los Ingleses que echaran anclas, y estos obedecieron. Acto continuo, John Mounteney y Tomás Robinson pasaron á bordo del del contra-almirante, donde encontraron algunos negros desertores de los establecimientos portugueses, los que les sirvieron de intérpretes.

Los Chinos empezaron á quejarse con alguna aspereza de que los Ingleses hubieran llegado hasta allí, tratando de descubrir los sitios vedados á los extranjeros, y los pasos secretos del imperio de un príncipe tan grande como el suyo. Preguntaron ademas cuáles de los ingleses eran los pilotos. Tomás Robinson contestó que él y sus compañeros venian de Europa con intencion de comerciar con los Chinos, despues de un acuerdo que fuese igualmente ventajoso á ambas naciones y á sus soberanos, esperando que podria ser tan legítimamente permitido á los Ingleses, como á los habitantes de Macao el traficar con Canton, y pagando los derechos de costumbre. Que en cuanto á los pilotos, no los tenian; pero que cada marinero de su tripulacion era bastante hábil para descubrir pasos mas difíciles que el que acababan de encontrar.

Los Chinos se mostraron entonces mucho mas afables. Les ofrecieron suministrarles un *juncos* ligero para llevar hasta Canton al capitán Carter, John Mounteney y Tomás Robinson ó á cualquier otro inglés que gustaran elegir, con la condicion de que la gran chalupa no pasase mas adelante, porque aunque cada *juncos* de su flota tenia cañones y estaba bien equipado, no se atreverian á oponerse de una manera hostil al paso de los Ingleses.

Aquella misma tarde, el capitán Carter, Tomás Robinson y John Mounteney, dejaron la chalupa, despues de haber dado orden á sus compañeros que les esperaran en el mismo sitio, y habiéndose embarcado en un pequeño *juncos* del porte de cerca de 30 toneladas, se dieron á la vela hácia Canton, con la idea de pedir al virey el permiso para hacer el comercio en países sometido á su dominio.

Parece que la noticia de su arribo habia ya llegado hasta Canton, y derramado allí la alarma, porque aun se hallaban á cinco leguas, cuando fueron cortesmente invitados á no aproximarse mas, y á volverse á sus buques. Se les prometió al mismo tiempo que se trabajaria para proporcionarles el permiso de tratar con los Chinos, si querian buscar en Macao personas propias para servirlos, y sobre todo, abandonar sin tardanza la costa de Canton. Los Ingleses se sometieron á estas condiciones con tanta menos dificultad, cuanto que habiendo hecho ya el descubrimiento que deseaban, se alegraban tambien de calmar la inquietud que su larga ausencia podia causar al resto de la flota.

Poco tiempo despues de su vuelta á Macao, una flotilla portuguesa compuesta de seis pequeños buques, partió para el Japon. Los Ingleses se liasonjearon entonces de obtener el permiso de comercio que se les habia hecho esperar para aquella época. Pero sus rivales, que ya no temian que se apoderasen de su flotilla, se burlaron insolentemente de su credulidad; hicieron mas: celebraron un consejo del que resultó el que se hiciera saber á los Ingleses que ellos no querian mezclarse en sus asuntos.

El mismo dia, el capitán Weddell reunió á su bordo al capitán Carter, John Mounteney y Tomás Robinson, y despues de haberles mostrado

la carta del rio Canton, y recordado sus proyectos, sus resultados y esperanzas, les propuso dirigirse hácia Canton con toda la flota, lo que se resolvió de comun acuerdo. A los pocos dias llegaron frente por frente del castillo arruinado, del que ya hemos hecho mencion, y como estuviesen provistos de algunos, aunque malos intérpretes, no tardaron en hacer saber á los mandarines, que se hallaban en los *juncos imperiales*, el objeto de su viaje.

Les declararon que su deseo era vivir en paz y amistosamente con ellos, traficar con la misma libertad que los Portugueses, y obtener, pagándolas, las provisiones que necesitaran para sus buques.

Todos los mandarines les prometieron solicitar en su favor al virey de Canton, y en su consecuencia, pidieron un plazo de seis dias. Para esperar, los Ingleses enarbolaron pabellon blanco á la popa de sus buques. Sin embargo, desde la primera expedicion de la chalupa al rio de Canton, los pérdidas Portugueses, celosos de la buena conducta de los Ingleses, no habian cesado de calumniarlos ante los Chinos, pintándoselos como unos miserables ladrones y malvados. Los Chinos seducidos por estos informes, aprovecharon la noche para trasportar al fuerte que estaba á orillas del rio, cuarenta y seis cañones de hierro del peso de 600 á 700 libras cada uno y de buenas proporciones, y al cabo de cuatro dias, creyéndose suficientemente fortificados, apercebiéron una chalupa inglesa que iba por agua para la tripulacion, y le dispararon muchos cañonazos, que felizmente no la acertaron.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIE.

CAPITULO PRIMERO.

«Las cosas son el germen de las palabras.»
(Poeta y filósofo indio.)

I.

Antes de dáros la definicion de la literatura, quisiera demostraros el sentimiento de ella; pues tan solo una inteligencia superior y privilegiada es capaz de comprender latamente lo que se ha sentido.

Ciceron, que ha sido el mas aventajado literato que haya existido sobre la tierra, ha escrito una frase magnífica circunvalada de palabras tan sonoras como el galope del caballo de Virgilio, sobre las utilidades y delicias de la letra. Dicha frase, hace siglos que la repiten todos los maestros que enseñan el arte de ellas, y que zumba sin cesar en el oido de los discípulos: no os la repetiré, pues, á pesar de su belleza, porque no produciria mas que un vano período en vuestra imaginacion, y una cadencia de palabras en vuestra memoria, tan eriales como un desierto.

Prefiero traduciros la en narraciones, en imágenes y en sentimientos, á fin de que la imagen, el sentimiento y la narracion, la introduzcan misteriosamente en vuestra alma á favor de sus tres poros, que son: la imaginacion, el interés y el corazon; á fin de que viendo cómo he concebido en mi mismo la impresion de lo que se llama literatura, y el cómo dicha impresion se ha transformado en mí á cierta edad en una passion inmensa, y en otra en un consuelo, contragais vosotros mismos el sentimiento literario; resumen de todos los bellos sentimientos del hombre, elevados á la esfera de la perfeccion de la naturaleza.

Permitidme, pues, que echemos juntos una ojeada á mis primeros y á mis últimos años: no

(1) Navío chino.

quiero transformarme en vuestro profesor, sino hablarlos amistosamente; y si el curso de la conversacion me arrastra hacia algunos de mis recuerdos, no me abstendré de detenerme y deteneros breve instantes, ni de alargar nuestro camino, escogiendo complicadas sendas, si estas nos han de llevar indirecta y agradablemente al término deseado.

II.

Mi país natal, á pesar de estar próximo á las márgenes del Saona, en cuyo lecho se reflejan mutuamente las lejanas montañas de los Alpes por un lado, y por el otro las mas opulentas ciudades de la Francia, al par que sus mas risueños pueblecitos, es arido y triste: colinas grises cuyas desnudas rocas penetran en un suelo estéril, se interponen entre nuestras aldeas y el gran horizonte del Saona, la Bresse, el Jura y los Alpes, que forman las delicias del viajero que sigue las márgenes del rio.

Pequeñas poblaciones se elevan aqui y allá, ora al pié ó en los rápidos flancos de sus colinas; y sus blancos muros, sus techos achalados, sus rojas tejas y sus campanarios de negruzca piedra, semejantes á las imitaciones de pirámides que levantan los niños en las arenas del desierto; la falta de agua y la desnudez de arboledas que caracteriza el país, y los pequeños recintos de viñas raquíticas sumergidas entre la aridez de aquel terreno pedregoso, hacen que las aldeas del Maconnais, se asemejen extraordinariamente á esos pueblecitos de la España, la Calabria, la Sicilia, ó de la Grecia; en donde el sol del estío, bajo un cielo trasparente y puro, los hace humear á la vista del observador como otras tantas chimeneas de hornos campesines, en donde el labriego ha encendido sus haces de boj ó de mirto para cocer el pan de sus hijos.

Mi casa paterna se ocultaba tras el campanario y las casas de la poblacion, en una de dichas aldeas; no tenia nada que la distinguiese de aquellos cubos de piedras grises, en los cuales aparecian algunas ventanas, cubiertas además de tejas ennegrecidas por la intemperie y los inviernos, á no ser un patio un poco mas vasto, y una ó dos fanegas de tierra trasformada en huerta, y que se extendia á espaldas de nuestra casa, entre el pueblo y la montaña. La vida era tan agreste y circunscrita como el sitio. Allí fué donde vi la luz del dia, donde me crié sin mas idea de las cosas de este mundo, que lo que contenia aquel pequeño horizonte; y vivia encerrado entre dos ó tres montecillos, por los cuales subian todas las mañanas las cabras, los carneros y los niños, descendiendo á la caída de la tarde para dar su leche á las madres.

III.

Aquel mundo era demasiado pequeño, sin embargo, para un niño: mi inteligencia principiaba á desarrollarse con la edad, y me interrogaba de vez en cuando, ansioso de saber lo que habia tras de la montaña. Cuando trepaba hasta su cúspide seguido de los otros niños de la aldea, que subian para guardar las cabras, no aperci- bía mas que tres ó cuatro pueblecitos parecidos al nuestro, poco mas ó menos, y que salpicaban de blancura al pié de otras colinas semejantes á la que nos sostenia; ó que humeaban por la noche al través del azul del firmamento.

Sin embargo, mi madre, que era una mujer santa y superior, expiaba de dia en dia el pensamiento mio, para inclinarlo hacia Dios en su nacimiento, como se busca el manantial de un riachuelo, á fin de regar con sus aguas la pradera que se quiere cultivar.

Me enseñaba á leer y á formar, una por una, esas letras misteriosas que componen sílabas cuando están reunidas, la palabra cuando se han agrupado unas despues de otras; y que luego, coordinadas segun las reglas, forman la frase, y viendo una frase á otra, se obtiene el prodigio de la trasformacion, cual es el pensamiento. ¿Cómo se opera esta trasformacion con un rasgo de pluma material, en un pedazo de cierta materia blanca llamada papel, en sustancia inmat-

rial ó intelectual llamada pensamiento? ¿Y qué es el pensamiento en si mismo extraño á los sentidos y surgiendo de ellos, sin embargo, como la chispa de la piedra y el eslabon para iluminar la noche? Seria necesario interrogar al que ha creado la materia y la inteligencia; y que por un fenómeno cuyo misterio se ha reservado, y por un designio divino como su esencia, ha dado á la materia y al pensamiento la apariencia de una misma sustancia, dándoles al mismo tiempo la imposibilidad de una misma naturaleza. ¡Solo Dios sabe sus secretos! ningun otro ser podria, ni concebirlos, ni guardarlos. La union de la materia y del alma en el hombre, la trasformacion aparente de los sentidos en inteligencia, y de la inteligencia en materia, es el mas admirable, sin duda, y el mas santo de sus secretos.

Es necesario admitir el fenómeno, porque es evidente; pero no es menester explicarlo, porque es sobrehumano. Deberia escribirse en el frontispicio de todas las ciencias físicas ó metafísicas, cuando se tocan los limites de las cosas explicables. «¡Detenéos! estais al borde del abismo! ¡contemplad!.... admirad!.... adorad, y no espliques! ¡Os acercais á un gran secreto!.... ¡No se sorprende el pensamiento de Dios! » Los versos del Dante debieran estar inscritos, tanto en la naturaleza física, como en la moral. « Vosotros los que os acercais á esos limites, perded la esperanza de pasarlos. »

IV.

En fin, principiaba á pensar y á comprender que en torno mio, habia seres que pensaban mas que yo; empezaba á concebir, no la naturaleza, sino el hecho de la trasformacion en pensamiento, de los caracteres materiales que me hacian leer; y la trasformacion de dicho pensamiento en caracteres, es decir, en libros. Mis primeros respetos hacia un libro, medio sobrehumano, por el cual se opera ese fenómeno, llegaron hasta mi de donde proviene toda revelacion á los niños: de una madre.

La mia tenia la piedad de un ángel en su corazon, y la impresionabilidad de la mujer en sus facciones. Su semblante ó su hermosura, y la santidad de sus pensamientos, luchaban mutuamente, por decirlo así, para efectuar dicha trasformacion casi visible, de la inteligencia en expresion física, y de expresion física en inteligencia, mucho mejor que me lo hubiera podido demostrar un libro.

A eso se le llama *fisonomía*, cosa que se define constantemente, porque nunca se ha conseguido definirla. La fisonomía es, en efecto, el fenómeno visible en si mismo, pero siempre misterio: el alma en las facciones y las facciones en el alma. El hombre puede ver en esto, mejor que en otra cosa cualquiera, la union de la materia y del espíritu; pero definir en la fisonomía lo que pertenece á la primera ó al segundo, es una quimera; es el limite en cuyo centro se confunden las dos naturalezas; lo adoramos, quedamos anonadados.

V.

Veia, pues, á mi madre, sea el domingo despues de las ceremonias de la mañana, en su alegre habitacion, iluminada por el sol del medio dia; ó en los otros dias de la semana por la noche, cuando habia soltado su aguja, tomar un libro de devocion que fué de su madre, y que estaba en una pequeña mesa al lado de su cama. Su fisonomía, ordinariamente tan abierta y expansiva, cambiaba al momento de expresion y se recogia como la claridad de una lámpara cuando se la cubre con la mano, á fin de que el viento no la haga vacilar y la apague. Ya conocia esa expresion, y adivinaba no sé qué conversacion muda con otro ser que no era yo; por lo tanto, y sin que tuviera necesidad de mandármelo, quedábame silencioso y respetaba su lectura.

Sus labios articulaban apenas un ligero ó imperceptible movimiento; pero sus ojos tan pronto inclinados sobre el libro como levantados hacia el cielo, la palidez y el carmin alternativo de

sus mejillas, sus manos que se juntaban, mientras dejaba breves instantes el libro sobre sus rodillas, y la emocion que henchia su pecho, revelándoseme por una respiracion mas fuerte que de ordinario, me hacia comprender en mi inteligencia infantil, que le decia á aquel libro ó que el libro la decia cosas que yo no oia; pero que debian ser muy interesantes cuando ella, tan indulgente en nuestros juegos y tan propicia á contestarnos de costumbre, me hacia señal de no interrumpir su plática silenciosa.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA NAVIDAD.

La Navidad es una de las funciones que celebran los católicos con mas júbilo y alegría, lo mismo en las populosas ciudades, que en las pequeñas aldeas, donde encienden hogueras, y las jóvenes cantan himnos pastoriles, y los niños tocan rústicos instrumentos, admirándose de verse levantados á hora tan avanzada de la noche, guardando por mucho tiempo en su infantil memoria el recuerdo de esta fiesta, y deseando la vuelta de su aniversario.

La mas hermosa fiesta del catolicismo es tambien la mas hermosa de las fiestas de familia. Se ha celebrado de distintas maneras en todas épocas y en todas las edades.

El año de 4004, de la creacion del mundo, poco mas de mil años despues de la fundacion del templo de Jerusalem, cuando hacia 754 que se habian levantado los muros de la soberbia Roma, 29 años despues de la batalla de Accio, cuando Roma y el mundo todo reposaban bajo el imperio de Augusto en una comun esclavitud, lejos, muy lejos de Roma, en un oscuro pueblo de la Judea, en Belen, nacia el Salvador del género humano.

Hubo en toda la tierra como un gran silencio para oír la voz que iba á hacer resonar Jesucristo y que debia dar á los hombres la paz moral y una nueva civilizacion.

Augusto manda que todos los súbditos del imperio se empadronen en los sitios que se les indican, con arreglo á sus provincias, sus ciudades y familias: era un encabezamiento general con el objeto de saber las fuerzas y riqueza de cada provincia. El procónsul Quirino recibe el cargo de formar la estadística de Siria y Palestina. Los descendientes de David son citados para inscribirse en el padron general en Belen, pequeña poblacion de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem. Quería Dios manifestar al universo entero, que Jesucristo era de la casa de David y de la tribu de Judá, como lo habian anunciado todos los Profetas.

Jose y Maria obedecen, como toda la tierra, las órdenes de Augusto. Salen de Nazareth donde se hallaban establecidos y marchan á Belen. Maria tocaba en el término de su embarazo. El pequeño pueblo de Belen se hallaba lleno de gente. La Virgen Maria y su esposo, no hallando donde hospedarse, y fatigados por el penoso viaje, se retiran á un sitio abierto á todos, á un portal abandonado que servia de establo á una mula y un buey. En aquel humilde sitio sorprendí el momento del parto á la Madre de Dios, que si bien da á luz á su divino Hijo sin sufrir los dolores que pasan otras madres, no tiene en cambio una miserable cuna en que mecerle, ni unos toscos pañales con que abrigarle.

Nace Jesucristo, es verdad, en un pesebre; pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos despues del de Pericles.

Dos grandes milagros anuncian el nacimiento del Hijo de Dios. Tres reyes magos se ponen en marcha desde los países del Oriente, guiados por una misteriosa estrella, y van á presentarse ante la cuna de un niño, y á rodearle de perfumes y de homenajes. Un Angel que se aparece á unos

pastores ocupados en apacentar sus ganados, les anuncia que en la ciudad de David ha nacido un Salvador, y que este Salvador es un niño envuelto en paja miserablemente, y tendido en un pesebre.

Así los pastores y los Reyes, los primeros y los últimos de la tierra, son convocados en un establo para glorificar al Hijo de Dios, al Rey de los Reyes, á aquel por cuyo nacimiento los Angeles habian anunciado á la tierra gloria en las alturas, ¡paz á los hombres!....

Este es el grande misterio que celebra la Iglesia y las naciones cristianas. La Iglesia se ha preparado antes á él por medio del Adviento, que son las cuatro semanas que preceden a este gran día consagrado á celebrar el misterio de Belén, institución que sube á los primitivos tiempos del cristianismo, y aun al tiempo de los Apóstoles; tiempo consagrado en los primeros siglos á la mas severa penitencia; pero que con el transcurso de los siglos, la Iglesia misma lo ha ido modificando y reduciendo á un simple día de ayuno.

La Navidad se celebraba en la edad media, como se celebra hoy; pero con la diferencia que naturalmente han introducido las costumbres tan diversas de estas épocas. Entonces los señores y todos sus vasallos se engalanaban con sus mas ricas vestiduras; iban al castillo ó palacio de su señor feudal, y allí con toda clase de instrumentos bailaban y cantaban, desde las nueve hasta la media noche, durante los cuatro domingos que preceden á la fiesta de Navidad. En este día iban al parque, donde se hallaban encerrados los animales que se habian secuestrado á los vasallos por haber hecho algun daño en los dominios señoriales; y el mayordomo y el senescal despues de haber hecho la señal de la cruz y haber dicho tres veces en alta é inteligible voz: *Pax, Pax sit inter vos*, hacia indultar á sus dueños los animales detenidos, indultando á los amos de los daños causados á su Señor.

Por la noche, los habitantes del país apagaban cuidadosamente sus hogares é iban a encender una tea en la lámpara que ardia en la iglesia, en honor de la Madre de Jesus. Un sacerdote bendecía estas teas ó ramas de árboles, preparadas con resina, y los habitantes marchaban gozosos por medio de los campos, agitando estas antorchas, cuyo fuego bendito y regenerado debia servir para encender la apagada chimenea de su hogar. El resto de esta tea se conservaba cuidadosamente de un año para otro. El padre de familias acompañado de sus hijos y criadas, iba al sitio donde la habia guardado el año anterior; y trayendo solemnemente aquellos tizonos, el abuelo ó el mas anciano de la familia los colocaba en el hogar; todos se hincaban de rodillas y recitaban el *Padre nuestro*, en tanto que dos criados traian pausadamente un nuevo tronco. A estos se les llamaba tronco 1.º, 2.º, 3.º,.... 20, ó 30, lo que significaba que el padre de la familia habia ya presidido una vez, dos, tres, cuatro,.... veinte ó treinta veces igual solemnidad. El tronco que se buscaba para quemar la noche de Navidad era siempre el mas grande que se podia encontrar.

A las doce de la noche cesaban todos los juegos y todos los placeres. Al primer sonido de la campana, los fieles marchaban á la iglesia con antorchas en la mano, cuya vacilante luz interrumpia las tinieblas de la noche. El sacerdote, antes de cantar el prefacio de la misa, que ya desde entonces se llamaba del Gallo, tomaba un pequeño plato en que habia un pedazo de pan y una botella de vino, y lo presentaba al Señor del pueblo, quien despues de haber bebido y comido, devolvía el plato y la botella al sacerdote, y este colocándole sobre el altar continuaba el sacrificio. Concluida la misa, todos los asistentes se retiraban, entonaban cánticos é himnos pastoriles, y se volvian á sus casas á calentarse al calor del tronco de Navidad y á hacer la colacion, que no era sino una suntuosa cena en que se reunía toda la familia y todos los amigos, y se hacian copiosas libaciones, reinando la mas franca y cordial alegría.

Desde el siglo V habia tres misas destinadas para la noche y dia de navidad: estas tres misas se tenian en Roma en tres estaciones, que se ha-

llaban indicadas por el Papa San Gregorio para el servicio divino. La primera era en la iglesia de Santa Maria, por la noche. En esta iglesia hemos visto nosotros cómo se conserva, con el mas religioso respeto, el pesebre mismo donde fué depositado al nacer el Salvador del mundo. Solo la noche solemne de la Navidad se descubre esta reliquia tan preciosa para el cristianismo: el resto del año permanece cuidadosamente cerrada, y en su lugar solo se vé una magnífica escultura, debida al cincel de Bernini, escultura que es la admiración de los viajeros, y que nosotros hemos muchas veces contemplado. La segunda misa se celebraba al rayar la aurora, en la iglesia de Santa Anastasia, cuya memoria es honrada tambien en este día. Y la tercera se cantaba en la magnífica iglesia de San Pedro, á la hora ordinaria de las grandes solemnidades.

En nuestros tiempos, á pesar de haberse perdido las costumbres patriarcales, todavia las fiestas de Navidad conservan el colorido y sentimiento de los primitivos.

El pueblo se entrega á todo género de diversiones. Hay una tregua para los disgustos y sinsabores de la vida: y jóvenes y niños, y hombres y mujeres, recorren las calles con tambores é instrumentos rústicos y pastoriles entonando alegres cantares. Si se ha perdido la costumbre de quemar en el hogar doméstico el tronco de Navidad, subsiste aun la de reunirse las familias y los amigos á celebrar la colacion, verdadera cena en que se come y se bebe con la mayor alegría. Es tambien la época del año en que los parientes y los amigos se dan reciprocas muestras de afecto, cambiando presentes y regalos, que en un principio y hasta hace muy poco eran solo de cosas de comer; pero que el lujo, que ha invadido todas las cosas y costumbres de nuestro siglo, ha convertido ya en objetos de mas valor.

Se siguen celebrando las mismas tres misas que en la antigüedad; empero la mas concurrida por la parte del pueblo que mas conserva las viejas tradiciones, por la clase menos acomodada y en que menos mella hacen las costumbres del siglo, es la misa de media noche, llamada misa del gallo: misa, que por la hora y la clase de gentes que constituyen en su mayoría la concurrencia, así como por la demasiada alegría de que se halla animada por haber comido y bebido bien en esta festiva noche, ha sido suspendida algunas veces por las frecuentes irreverencias que se cometian en los templos; siendo doloroso el ver unidas, á tradicion tan cristiana, costumbres que se resentian de los tiempos del paganismo, y que dieron margen á la sátira de un célebre poeta, y de la que recordamos algunos fragmentos:

Entrad en el santuario misterioso
Que el pueblo inunda en rápido tropel,
Veréis el sacrificio milagroso
Del cordero sin mancha de Israel.
Y allí fervientes, tiernos, inspirados
En tan sublime y celestial verdad,
Ante las aras del Señor prostrados,
«Hosana, hosana,» al que nació cantad.
Mas ¿qué pretende esa furiosa gente
Que miro loca en confusion vagar,
Con ademán impio, irreverente,
Mancillando las gradas del altar?
¿Qué quiere esa caterva amotinada
Que ruje con la furia del leon,
Y suelta la ruidosa carcajada
Aun al pié de esa cruz de redención?
¿Si busca acaso de su torpe orgía
Prolongar los delirios hasta allí,
Y á la luz de esa efigie de Maria
Ostentar su impudente frenesí?
Pretende que el helado pavimento
Que el polvo de los muertos guardará,
Y que empapado en llanto de tormento
Y penitencia, aun húmedo estará,
Sirva de alfombra á su gresera planta
Que hollará con estúpida irrisión
La sepultura de sus padres santa
Donde duerme su santa religion!
¡Profanación! las bóvedas sonoras
Retumban del impio al blasfemar:

Y al fin entre sus risas tentadoras
Del sacerdote el rezo vá á espirar.
¿Por qué ese fuego que incendió á Sodoma
Rayo de su justicia vengador
Jehová poderoso no desploma
Sobre la sien del falso adorador?

Almas que aun abrigais fé y esperanza
Y que de la miseria y hediondez
De esa raza, una parte que os alcanza
El rostro os hace avergonzar tal vez,
Huid, huid del templo profanado;
El desierto sus sombras os dará,
Y por sus dulces auras consolado
De todo el corazón se olvidará.
¡Y allí en tan blando y quieto apartamiento
Fuego divino os brotará en la sien,
Que os muestre en delicioso arrobamiento
Las glorias de esa noche allá en Belén!

Orad allí. Donde dobleis la frente
Rindieron antes su soberbia sien
Los poderosos magos del Oriente,
Los humildes pastores de Belén.....
Clavad vuestra mirada en ese niño
De vida manantial y de virtud
Blanco como las pieles del armiño
De nuestra enferma humanidad salud.
Gloria de la purísima Maria
Angel de los querubines del cielo,
Que por morir en el calvario un día
Nació en el pobre establo de Belén.

Oid del ave vigilante el canto,
Que marca de la noche la mitad,
Y anuncia al mundo el sacrificio santo,
Recuerdo de tan gran Natividad.
Del gallo, alerta se repite el grito,
Que fué terrible acusacion despues,
Que confundió al apóstol, que contrito
Regó con lloro de Jesus los piés.
Saludad esa noche de bonanza
En que al Oriente la argentina luz
De una estrella, fué el rayo de esperanza
Que un Dios con sangre nos ganó en su cruz.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Popularizar las ciencias y sus aplicaciones; esponer los progresos continuos de nuestra época, explicando las maravillas sin fin, que tan dilatados horizontes ofrecen á la actividad humana; dar á conocer las bases y los procedimientos sobre los cuales descansan los inventos que se suceden sin interrupcion, y que se propagan con la misma velocidad que surgen, valiéndonos, para alcanzar estos fines, de un lenguaje comun, comprensible para todas las inteligencias, y desnudo de aparato científico, sin que deje por esto de basarse sobre la exactitud que prestan á la ciencia todos los elementos, á los cuales recurre al desenvolverse en su elevada esfera; hé aqui el intento, el móvil que presidirá á la redaccion de los artículos sucesivos que aparecerán en esta seccion de nuestro SEMANARIO. Para realizar este pensamiento, no omitiremos medio ni sacrificio de ningun género: nuestras lecturas ofrecerán la utilidad, el interés y el recreo, que debe ser atributo preciso de estudios, que á mas de ser pasto buscado por la viva curiosidad que entodos despiertan las maravillas de las ciencias aplicadas, son un deseo que solicitan las tendencias hácia el estudio y hácia la ilustracion, que imprimen los días que trascurren, á cuantos viven en la sociedad actual.

No sentimos desvío hácia la ciencia académica, ni hácia el cálculo, ni mucho menos desconocemos la valía de las fórmulas, ni de las abstracciones, ni de las esferas de la erudicion; pero despues de esta protesta, dejando para las obras especiales, así de estudio, como de consulta, tan levantados senderos, y deseosos de satisfacer la urgente necesidad de instruir deleitando, que se

siente en nuestro país; de despertar en cuantos se creen profanos al estudio de las ciencias, esa tendencia investigadora, que es en otros pueblos la base de su ilustración general; solo procuraremos que nuestros escritos al satisfacer las dos necesidades que dejamos apuntadas, den á conocer igualmente las conquistas de las ciencias aplicadas, los nuevos inventos que se sucedan, la esplicación de los fenómenos que nos ofrece la naturaleza, prestando grato solaz, así al que en horas de descanso anhelé recordar sus pasados estudios, como al que careciendo de estos, busque sencilla enseñanza y fructífero pasatiempo.

Vasto, por demás, é interesante y variado es el campo que vamos á recorrer; y para aumentar sus encantos y su amenidad, diversos y distintos los fenómenos que nos ocuparán un día, de los inventos que en otro reseñemos, de las industrias que en varias lecturas describamos. La química, con sus mágicas metamorfosis, ha de prestarnos páginas interesantísimas: en ellas veremos cómo ha logrado dotar al algodón; materia de suyo inofensiva, de una acción fulminante, explosiva y destructora, y cómo, por el contrario, consiguió Davy, con un simple tejido metálico, llevar la luz en medio de una atmósfera explosiva robando á los gases que reinan en las profundas minas, á las cuales descendiendo el hombre en busca del combustible mineral, su fuerza volcánica é infernal, protegiendo la vida del minero, y asegurando á la industria el combustible, al cual es deudora de la vida de sus motores. Ellas nos dirán, cómo la química moderna ha combinado en el laboratorio, las aguas minerales que la naturaleza nos ofrece para la curación de nuestros males; cómo ha transformado la tosca vela de sebo que nos alumbraba no há muchos años, en la diáfana bujía que hoy nos presta mejor luz; cómo secundada por la mecánica, elabora con sucios y negros trapos, blancas y sedosas hojas de papel; cómo ha extraído de la arcilla el aluminio, metal propio para la fundición, y que cual el oro y la plata resiste á las alteraciones del aire; y á la par de estas maravillas, nos explicará cómo, ayudada del agua del mar y de la acción del sol, obtiene la sal, dando origen á una industria importantísima; cómo extrae del guano bellos y seductores colores de púrpura; cómo ha conseguido que el gas que le procura el carbón, sea el alumbrado público de nuestras ciudades; y cómo, por último, lleva á cabo todo ese número fabuloso de metamorfosis, que son justamente el orgullo de una ciencia, que toma parte en todas nuestras necesidades, buscando pronta y proyectada solución á cuantos problemas le propone la actividad humana.

El examen de las ciencias físicas, el estudio de todos esos agentes que sin cesar actúan á nuestro alrededor, la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo; de esos fenómenos admirables y que en tan alto grado cautivan la atención; que aplicados recientemente á la industria, han creado ya concepciones sorprendentes, cual son el telégrafo eléctrico, la fotografía, la luz eléctrica, la galvanoplastia, los faros, las máquinas electro-motoras, etc., etc., nos ofrecerán estudios tan variados como interesantes, y cuyo conocimiento es indispensable en la actualidad, porque se refieren á los grandes y admirables agentes de estos tiempos, y de los tiempos venideros.

Los monumentos y fenómenos de la naturaleza, el conocimiento de sus maravillas, el estudio de ese gran libro abierto á todas las inteligencias, y cuya existencia, forma y significación, revelan en sus más ínfimos detalles la alta sabiduría de su Creador, solicitan un estudio universal de los que anhelan conocer, cuales son las leyes que rigen en la inmensidad, cuyo es el número, las revoluciones y atracciones de los astros que vemos brillar, y cuales las transformaciones que acusa el estudio de la corteza terrestre, para loar con mayor entusiasmo la grandeza de nuestro Criador.

Finalmente, al ocuparnos de la industria, en nos pondrá de manifiesto la vida de sus fábricas y talleres, y en estos y en aquellas, veremos cuánto ha contribuido Watt, con su célebre má-

quina de vapor, á los progresos y desarrollos sucesivos, que reconocen por causa ciertamente, su admirable aplicación. Veremos al vapor, verdadero Proteo de la industria, agotar el agua de las minas, renovar la atmósfera de las mismas, subiendo á la superficie de la tierra inmensas cantidades de carbón, las cuales han dado fuerza al buque de vapor para que cruce el Océano, á pesar de opuestos vientos y encontradas corrientes; empuje á la locomotora para que recorra los continentes venciendo los obstáculos de la naturaleza; manos á la metalurgia para fundir, forjar y elaborar masas titánicas de hierro, bronce y acero; motores á las industrias textiles, para que el algodón, la lana, la seda, el lino y el cáñamo, adquieran todas las formas, constituyan variados tejidos, y acepten diversos tintes, y por último, tracción al arado para resolver en el terreno práctico, el gran problema del cultivo mecánico.

Reseñadas brevemente parte de las materias que van á ocuparnos; espuesto el sistema bajo el cual vamos á estender nuestros estudios, solo nos resta consignar de nuevo, que nos valdremos para lograr tan levantados propósitos, de la ayuda que nos ofrecen, así autores nacionales, como revistas científicas extranjeras, de reconocida autoridad y mérito.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Al pretender que LA LECTURA PARA TODOS, sea un periódico dedicado á todas las clases, un repertorio universal de hechos y de conocimientos útiles, no podía echarse en olvido una sección destinada semanalmente á comunicar á sus lectores todo lo más notable que ocurrir pudiese fuera de España; pues, como se ha dicho muy bien, tan unidos están entre sí los acontecimientos políticos de los pueblos, los sucesos de las armas, la suerte de las ciencias y de las artes, el estado de la agricultura, de la industria y del comercio, que por el desarrollo y engrandecimiento de los unos se esplica la dignidad, grandezza y perfección de los otros; y por el abatimiento y la abyección de estos se comprende el agobio, la ruina y el aniquilamiento de aquellos.

En unos tiempos en que la inteligencia humana ha hecho descubrimientos tan importantes, y en que los adelantos materiales son tan inmensos; en una época en que se salvan las mayores distancias con velocidad increíble, corren las palabras al través de los hilos eléctricos, y se comunican por medio de cables conductores todas las noticias por entre la inmensidad de los mares; el hombre parece que multiplica sus conocimientos, y casi á una misma hora se comunica con sus hermanos de Europa, de Asia, de América; casi en un mismo instante sabe lo que hacen los demás hombres en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Turquía, en Marruecos, en todas partes.

Nosotros no debíamos permanecer indiferentes ante el grandioso espectáculo que ofrece la humanidad caminando á pasos de gigante. La Península tiene ya casi concluida su red de líneas telegráficas, y pronto se verá cubierta de ferro-carriles; pero entre tanto nos hallamos en comunicación muy directa con las demás potencias de Europa, y sabemos casi instantáneamente todo lo que de notable pasa en ellas. Por otra parte, nuestros correos ya no son aquellos correos de la Edad media que tenían todas las naciones en los tiempos antiguos, y que necesitaban muchos días, acaso meses, para llevar las noticias de una á otra parte, noticias que no se comunicaban mas que los reyes y los magnates. Hoy, á los tres días de publicados casi todos los periódicos de Europa, podemos tenerlos en nuestras manos, trasladando lo que publiquen de más notable á nuestros lectores, por más que estén impresos en mil idiomas diferentes, pues el conocimiento de las diversas lenguas del mundo va generalizándose de día en día.

Hé aquí, pues, los medios con que contamos para que LA LECTURA PARA TODOS tenga al corriente á sus favorecedores de todo lo que ocurra en los

países extranjeros. Al tocar las graves cuestiones de la política, de esa palanca inmensa que así hunde las naciones entre el torbellino de la revolución y de la guerra, como las levanta á inusitado grado de adelanto y de esplendor, no nos mostraremos jamás parciales á esta ó aquella causa. Esta sección es meramente una crónica en que se pasará revista á los principales acontecimientos del mundo; pero sin mostrarse apasionado por estos ó aquellos intereses particulares, sin color, en fin, político, narrando con sencillez, esponiendo los hechos con fidelidad, anhelando siempre la ilustración mayor posible de las clases todas á quienes esta publicación se dirige; aplaudiendo sinceramente cuanto tienda á moralizar al hombre, á estrechar sus lazos de fraternidad y amor, á mantener en equilibrio las grandes conquistas de la inteligencia humana y á perfeccionar las vías de los adelantos sociales.

Y en verdad, que las grandes cuestiones que hoy se agitan en el seno de todos los pueblos del mundo, son dignas del mayor interés. La Francia, en el apojeio de la fuerza y de la gloria; la Inglaterra, celosa y no menos prepotente que esta aliada suya; el Austria, contrariada y amenazada; la Lombardia, subyugada; la Rusia, cavilosa y envuelta siempre en sus pardas nubes, que apenas permiten distinguir la espresion de su rostro; la Italia, juguete de diversos intereses y de encontradas pasiones; la Turquía, conmovida en su entrañas por hijos suyos, que no la quieren por madre; Portugal, viendo en lontananza tiempos prósperos á que quizá no llegue pronto: hé aquí, en pocas palabras, el estado actual de las principales naciones de Europa. Si salvamos los mares, veremos los estados americanos lanzarse unos contra otros, conmovidos todos por sangrientas luchas civiles, revolcándose en medio de los acerbos dolores de la demoralización y la duda. En Asia, una rebelión de las más terribles amenaza acabar con el imperio británico en su caliente suelo; y en China, las armas cristianas dirigidas contra un puñado de infieles, ven que estos se multiplican y corren á las armas para defender sus hogares, y de aquí combates y escaramuzas, sangre y devastación.

Sin embargo, no se presenta todo bajo el aspecto desconsolador de la política que amenaza, no; también la diplomacia detiene los ímpetus de los pueblos, y sabe, con tratados y con hábiles alianzas, mantener la paz y proteger los intereses de todas las razas y de todos los países.

Será, pues, grata tarea para nosotros estudiar en esta sección la marcha de los sucesos políticos europeos; referir los acontecimientos más notables; indicar los adelantos de todas las clases que nos comuniquen los diarios extranjeros y los despachos telegráficos; abrazar, en fin, cuanto el título de *Crónica extranjera* pueda exigir en una publicación universal, cuyo título es: LA LECTURA PARA TODOS.

JANER.

REVISTA DE TEATROS.

Amigo lector. Es uso y costumbre cada vez que sale á luz un nuevo periódico, que el redactor encargado de la sección de teatros publique su programa, estendiéndose en consideraciones más ó menos profundas acerca de la literatura dramática, de su estado de decadencia, medios de fomentarla, etc., etc., y haga con este motivo una especie de profesión de fé literaria, á la que luego falta la mayor parte de las veces, puesto que suele suceder con frecuencia que al dar cuenta de una obra y de su ejecución, las afecciones de amistad, las recomendaciones de los amigos, ó graves compromisos de cierta especie, vienen á echar por tierra los buenos propósitos que el crítico se propusiera, y le hacen desviar de la línea de conducta que en un principio intentó seguir.

Nosotros no seguiremos tan trillado camino, y á fin de evitar ese escollo, reduciremos nuestra misión de revisteros, que eso y no otra cosa es

lo que intentamos ser, á estas dos palabras: IMPARCIALIDAD Y JUSTICIA.

Sin agravios que satisficiera, sin lazos de ningún género que nos unan á esta ó aquella personalidad, daremos á cada uno lo suyo, haciendo á todos justicia, en cuanto esté de nuestra parte, y procediendo con toda la lealtad y buena fé de que somos susceptibles.

Ni incensaremos á las eminencias, ni de-denaremos á las medianías: para nosotros hay otra cosa mas allá que el culto que se rinde de ordinario á la lisonja: es el arte, el estudio, el talento, la inspiración.

No pretendemos analizar bajo el punto de vista de la filosofía ni de la estética las obras que se pongan en escena: nuestra misión, —ya lo hemos dicho,—es mucho mas modesta, porque ni la índole de nuestra publicación se presta á un estudio profundo y analítico de esas obras, ni nuestra idea es otra que la de tener al corriente á nuestros lectores, por medio de una ligera reseña, de las producciones que se hayan representado durante la semana.

Y ahora que hemos explicado nuestro objeto, entraremos en materia.

En el teatro del Circo ha continuado y continuará aun durante algunos días el bellísimo drama del señor Larra, titulado *La Oración de la tarde*. Todos los periódicos que se publican en Madrid se han ocupado ya con mas ó menos extensión de esta notable obra, la mas acabada sin duda que ha salido de la pluma del señor Larra, y todos han estado conformes en que la idea que la ha presidido es eminentemente cristiana y consoladora. Hay, en efecto, en todo el drama un perfume de sentimiento y de fé religiosa tan felizmente sostenido, y llevado á cabo con tanto talento, que perdonamos de buen grado á su autor algunos anacronismos que nos parece haber notado en la obra, y que prueban el poco conocimiento que el autor ha mostrado de la historia; por ejemplo, nos hace asistir á la lectura de la Biblia, en familia, y por una niña de trece años, cuando en la época á que se refiere el drama, época en alto grado melancólica en materias de religión, y en extremo inquisitorial, no se habia importado aun traducción alguna de la Vulgata Latina; y, dado caso que hubiese existido algún ejemplar, ¿cuánto mas natural no habria sido que el autor nos lo presentase en manos de un ministro del altar, puesto que raya en lo inverosímil que un padre de familia lo confiase á manos de una niña inocente y candorosa? Aparte de esta observación, y de algunas otras que en gracia á la brevedad no apuntamos, *La Oración de la tarde* es, sin duda alguna, la mejor obra que el teatro del Circo ha puesto en escena en lo que lleva de temporada.

En la ejecución se ha mostrado el señor Romea como un consumado artista, y á la altura de su bien merecida reputación. La señorita Hijosa desempeña el papel de Margarita de un modo sorprendente, con una naturalidad y talento admirables. Esta jóven actriz, que cada día adelanta mas en el difícil arte dramático, llegará á ser un día una de nuestras glorias escénicas. El señor Tamayo, encargado del papel del capitán D. Gonzalo, lo interpretó con mucho fuego é inteligencia. La señorita Gutierrez, siempre digna y sin descomponer el cuadro. Los demas actores contribuyeron al buen éxito de la obra.

En el coliseo del Principe, continúan las representaciones de *Las Querellas del Rey Sabio*, drama del Sr. Eguilaz, que ha obtenido un éxito en extremo lisonjero para su autor. Apresurémonos á decir que á este triunfo ha contribuido en mucha parte la brillante *mise en scene* con que el drama ha sido decorado, y la excelente dirección del Sr. Valero.

También se ha puesto en escena, en este teatro, la pieza en un acto, *Los Milagros del misterio*, original y en verso, del Sr. García Luna, la cual obtuvo un éxito mediano. Es una imitación bastante feliz de nuestras comedias de capa y espada del teatro antiguo, y aunque bastante languida en algunas escenas, está bien versificada, y abunda en chistes de buena ley. En la ejecución, se distinguieron los señores Ossorio y Ma-

rio, que desempeñaron sus respectivos papeles con suma propiedad.

También se ha representado, en este teatro, la pieza en un acto, traducida del francés, por don Carlos Ochoa, titulada *Un viaje sentimental*, y la cual ha obtenido muy buen éxito. Es un arreglo de la que lleva por título en francés *Trop beau pour rien faire*.

La señora Valentini agradó mucho en esta pieza, así como Fernando Ossorio y el Sr. Mario. El público llamó al traductor al finalizar la pieza; pero tuvo el buen gusto de no presentarse, cosa que elogiamos en extremo, porque esa clase de ovaciones deben reservarse solo para las obras originales.

En el teatro Real se ha cantado últimamente *La Favorita*, en la que ha hecho su *début* el tenor Giuliani, que, precedido de una gran reputación, ha sabido justificarla desde las primeras notas.

El coliseo de la calle de la Magdalena nos ha dado el *Tartuffe* del célebre Molière. Por Dios, señor Director, no dé V. á su *troupe* esas obras maestras, que han de salir maltratadas *impitoyablement*. Déles V. ligeros *vaudevilles*, como *Riche d'amour*, *Le mari de la veuve*, etc., y ya verá cómo el público aplaude, y sale mas complacido.

En Jovellanos, se ha puesto en escena *El Dominó negro*, cuya excelente partitura, superior en mucho á las fuerzas de los cantantes de este coliseo, ha pasado casi desapercibida. Lástima que los esfuerzos de su digno Director el señor Salas, no se hayan visto coronados, hasta ahora, del buen éxito á que con tanta justicia es acreedor.

Y ahora, lector amigo, que te hemos dado minuciosa cuenta de todas las funciones representadas estos días en los teatros de la villa y corte de Madrid, nos despedimos de tí hasta la próxima revista, prometiendo darte cuenta de las novedades que se hayan puesto en escena durante la semana.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

AL LECTOR.

Al inaugurar la presente sección de crítica bibliográfica, no pretendemos por manera alguna asentar el fallo de individuales opiniones sobre el fondo y vario contenido de las diferentes obras referentes á las mas encontradas y alternadas materias, que naturalmente habrán de ser objeto de nuestro examen: antes no siendo la capacidad humana sino sobradamente limitada, lejos estará en todo caso de nuestra mente, la aspiración á prejuzgar acerca del fondo y valor científico de los tratados, acerca de la utilidad absoluta de los mismos y acerca del grado de mérito ó de demérito de sus respectivos autores.

Lo que nosotros, únicamente nos proponemos calificar, y esto bajo la sencilla y franca impresión de nuestra bien-intencionadas convicciones, es la forma literaria de los trabajos, la armonía de las partes, la oportunidad acaso de la aparición del pensamiento que preside al conjunto, la del plan tal vez de la obra, y en suma cuanto por el exterior porte y circunstancias aparentes de un trabajo puede caer, digamos, bajo la inspección de ese sentido físico de la mente que llamamos el gusto en materias literarias; pero de ningún modo lo sustancial, lo immanente, lo sabio, lo íntimo, y acaso indefinible de una obra escrita.

Por eso nosotros, á fuer de críticos bibliógrafos, no veremos en los productos del ingenio al hombre de partido, al fundador de secta, al religioso sistemático, al innovador arriesgado, ni notaremos carácter alguno exclusivo fuera del objetivo y literario de la composición de que se trate.

La Fórmula del progreso, por D. Emilio CASTELAR.

Cuando tenemos á la vista una notable pro-

ducción de nuestro eminente orador y publicista D. Emilio Castelar, no presumimos emitir acerca de ella un juicio crítico, que supondría en nosotros aspiraciones á una superioridad, que estamos muy lejos de poseer, y si solo pretendemos comunicar á nuestros lectores con breves frases, algo de la impresión, que nos ha producido la lectura detenida de *La fórmula del progreso*.

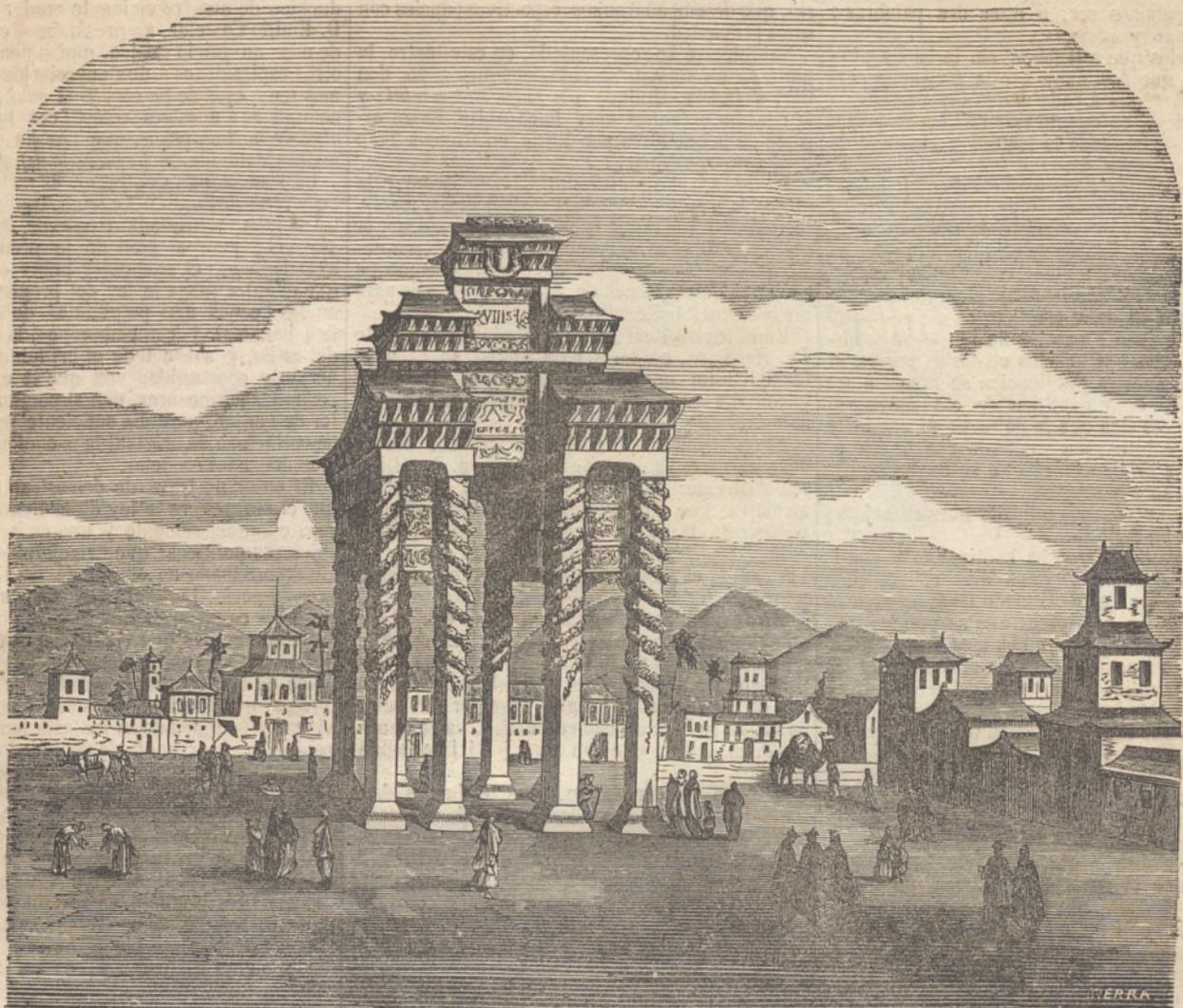
La idea radical del trabajo es un eco animado de la obra de Eugenio Pelletan, traducida á nuestra lengua y titulada *Profesión de fé del siglo XIX*; pero el plan de la producción, que examinamos, el particular punto de vista bajo que el autor juzga la ley del progreso, reflejada en los hechos mas palpitantes de nuestra política nacional y contemporánea, la especialidad del estilo, y sobre todo el brillante colorido, el nervio y oportunidad con que se enlazan y suceden los pormenores, dan al conjunto un carácter de verdad, garantía suficiente para que pueda calificarse de original la mencionada producción del señor Castelar.

El autor no trata de demostrar directamente que el progreso es la ley de la humanidad; pero rebate minuciosamente y una en pos de otra las opiniones políticas, que han ejercido una influencia determinada en contra de las ideas de progreso y perfectibilidad humanas. *La Fórmula del progreso* es un opúsculo político de interesante actualidad, mas que un trabajo de filosofía de la historia, y aunque esta ciencia guie al ilustre jóven en las reflexiones y orden de las citas históricas, que adornan su erudita elucubración; la viveza y facilidad de su fantasía han hecho innecesaria la observancia de un método cronológico, que mas bien encadena á veces, que lo que regulariza la marcha de la inteligencia. En medio de todo y bajo la conciencia de escritores independientes, creemos deber observar que acaso no adolecería de un lunar el contenido de la obra á que nos referimos, si en ella figurasen menos los nombres propios, en términos de que, sin dejar por eso de ser un trabajo de actualidad, se hubiera propendido por el autor á darle un carácter menos exclusivo y, en su tanto, apasionado.

Nosotros, para concretarnos, no podemos menos de aconsejar la lectura meditada de *La Fórmula del progreso*; que el Sr. Castelar sabe insinuarnos como insistente en el ejercicio adecuado y completo, tan perfecto como la idea, tan lato como el mundo de las mas nobles aptitudes del hombre dentro de la esfera religiosa, de la libertad y del derecho; porque creemos que este escrito es el producto de una espontaneidad franca é ilustrada, y que constituye un trabajo capaz de figurar en lugar muy preferente, en la línea de las producciones nacionales contemporáneas.

Los estudios políticos reclaman hoy la cooperación de nuestras mas sobresalientes capacidades, y aunque el número de nuestros escritores, en tal género, sea todavía escaso (aparte del periodismo, que debe considerarse constituido en línea muy diversa, porque el periodismo solo hace apelación á los principios para sostener sus pretensiones del momento, mientras que la verdadera literatura política solo hace mérito de los hechos de experiencia para confirmar ó corroborar el acierto de su teoría); con todo, la obra que examinamos, pudiera pasar muy bien por notable producto entre los engendros de una vasta y nutrida literatura nacional.

El presentimiento ha sabido en D. Emilio Castelar idealizar el raciocinio, poetizar una idea política. El Sr. Castelar tiene fé en el porvenir, y esta esperanza, nos parece, reviste a la obra de un carácter eminentemente cristiano; el señor Castelar cree al hombre hijo predilecto de Dios, creado á su imagen y semejanza, amantado á los pechos de una naturaleza pródiga y providente, saludablemente predestinado, perfectible, evangélico; pero el hombre, que se ha abierto, por falta de la fé en su Dios, la sima espantosa del retroceso, ó cuando menos del estancamiento, de la inmovilidad, del paroxismo político, no está lejos de alcanzar una era de regeneración; la vislumbra en los horizontes de su



CHINA: Plaza y arco de triunfo de Canton.

Esfera de acción; contéplala realizada en parte en los pasos gigantescos, que marca la humanidad en sus descubrimientos políticos y en ambos hemisferios; la predicen los escritores modernos; la abonan los héroes del martirologio político; la consagran en suma las aspiraciones de la sociedad moderna.

Don Emilio Castelar ha hecho un libro: y este libro no será desahuciado por las generaciones que lo consulten, porque ha nacido de un sentimiento puro, y nuestros mas puros sentimientos tienen su raíz en una patria celeste.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

L'amour, par J. MICHELET. Un vol. in-18.º: éditeur, Hachette.

«Lo que ha sido el amor en las sociedades antiguas y modernas, lo que pudiera ser hoy, en suma, lo que llegará á ser,» hé ahí todo el asunto, que por hoy solo desenvuelve Michelet en una de sus partes, la segunda. Lo que pudiera ser el amor, es cuestion que indica por si sola lo bastante el pensamiento del libro, protesta ardiente contra lo que es, arrogante y encantadora coleccion de amonestaciones, sentimientos, recuerdos, de la cual por una parte descuella la influencia del amor en el desarrollo moral de las sociedades; por otra los peligros que amagan á la hu-

manidad cuando el divino culto se halla sustituido por groseras pasiones. Las elevadas tendencias del historiador, las delicadas reflexiones del observador, bastarian para recomendar sus páginas, si no poseyeran otro mayor atractivo, el que ofrece la sincera efusion de un alma, que repercute con ecos líricos todas las aspiraciones generosas de nuestra época.

Leçons de Phrénologie scientifique et pratique, traduites de l'Espagnol, de D. Mariano CUBI y SOLER. 2 vol. in-8.º. Paris, Bailliére, 1858.

La frenología hoy solo es un sistema, y se halla lejos de ser una ciencia completamente fundada y sólidamente deducida, por mas que su principio contenga algo de real é incontestable. De que las bases de tal orden de conocimientos no tienen todavia una estension rigurosamente calculada, siendo el terreno sobre que insisten hasta cierto punto movedizo, ha resultado que la filosofia frenológica se halla desprovista de una autoridad, á la cual no puede aspirar sin apoyarse en axiomas y demostraciones matemáticas. No obstante, el fondo de verdad, que le es propio, exige observadores graves, que puedan, prescindiendo de la imaginacion y espíritu de secta, alcanzar resultados, cuya importancia aun hoy mismo no puede oscurecerse. El autor español, á que nos referimos, ha tratado de llenar este vacío; pero no creemos que, á pesar del número de sus investigaciones, no obstante la exactitud de algunas de sus apreciaciones, haya realizado completamente su pro-

pósito. Concesiones hay que rechaza el mismo principio de la frenología, y que no pueden avenirse con los corolarios de una ciencia, que, á pesar de su desorden, ofrece un carácter eminentemente positivo. No obstante, estos dos volúmenes serán leídos con interés y provecho por cuantos, sin ser discípulos declarados de Gall y Spurzheim, no repugnan admitir lo que haya de profundidad y genialidad en sus descubrimientos.

Révélations et Révélateurs, por Mr. Charles DOLLFUS. Un vol. in-12.º, Michel Lévy.

La filosofia religiosa es lo que mas cuadra á las necesidades del día: necesitamos creer, pero necesitamos razonar nuestra creencia, cosa que no puede dejar de admitirse. Encerrarse lisa y llanamente en las negaciones críticas del pasado siglo, no es de todo punto propio de un espíritu pensador, y que pretenda llegar á una convicción positiva. Preciso es completar la obra, formular afirmaciones y crearse, salvando el escepticismo, toda una série de racionales creencias, que por su fondo universal y comun, convengan á hombres de todos los tiempos y latitudes, les sirvan de vínculo, y de esta suerte adquieran un carácter esencialmente religioso. Esto es lo que ha procurado realizar Mr. Dollfus, si no con toda la apetecible madurez, por lo menos con una verbosidad, que raya á veces en elocuencia.

Por todo lo no firmo, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario.—

SUMARIO. Los Tramperos del Arkansas, por Gustave Aimard, pág. 2.—La Reina de la vendimia, por Javier de Palacio, pág. 6.—Por un alfiler, por J. T. de Saint-Germain, pág. 8.—Viaje á la China, por Lord Macartney, pág. 40.—Curso familiar de literatura, por Lamartine, pág. 41.—La Navidad, pág. 42.—Lecturas científico-industriales, pág. 43.—Crónica estranjera, pág. 44.—Revista teatral, pág. 44.—Bibliografía española, pág. 45.—Bibliografía estranjera, pág. 46